

SERVICIO
SECRETO

SS

SOLO CAEN LOS TONTOS

Ralph Barby

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



Todos miraban hacia el sofisticado y a la vez potente aparato emisor-receptor.

Eran cuatro hombres y una mujer, uno de ellos un árabe que vestía como tal. No era ningún joven, y solía acariciarse la barba con ademán pensativo.

Dos de los hombres eran relativamente jóvenes, con rostros duros e impasibles, rostros hechos a todo, que ni siquiera pestañeaban, rostros de hombres de acción, de hombres de presa.

El cuarto individuo tenía el cabello blanco quizá prematuro. Sus ojos azules resultaban fríos, su actitud tensa, aunque trataba de disimularla, mientras fumaba un cigarrillo al que daba vueltas lentamente.



Ralph Barby

Sólo caen los tontos

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1592

ePub r1.0

Lds 02.02.19

Título original: *Sólo caen los tontos*

Ralph Barby, 1981

Cubierta: Antonio Bernal

ePub modelo

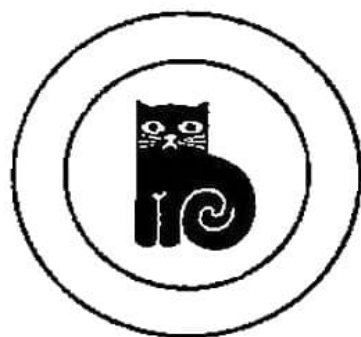
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Todos miraban hacia el sofisticado y a la vez potente aparato emisor-receptor.

Eran cuatro hombres y una mujer, uno de ellos un árabe que vestía como tal. No era ningún joven, y solía acariciarse la barba con ademán pensativo.

Dos de los hombres eran relativamente jóvenes, con rostros duros e impasibles, rostros hechos a todo, que ni siquiera pestañeaban, rostros de hombres de acción, de hombres de presa.

El cuarto individuo tenía el cabello blanco quizá prematuro. Sus ojos azules resultaban fríos, su actitud tensa, aunque trataba de disimularla, mientras fumaba un cigarrillo al que daba vueltas lentamente.

—Debían haberse comunicado ya —observó la mujer alta y rubia, elegante, de cintura estrecha y piernas largas.

El árabe, más bajo que ella, de vez en cuando la acariciaba con la mirada, y ella le obsequiaba con una sonrisa que parecía prometer mucho.

—Hay cosas en la vida que, hechas despacio, siempre salen mejor —opinó el árabe, hablando lentamente y sin alzar la voz en absoluto.

Era evidente que había sido bien educado, posiblemente en algún colegio selectivo de Cambridge.

—Sí, hay que saber esperar —admitió el hombre de cabello blanco, que era quien estaba mejor acomodado en una butaca de cuero con orejeras.

Se hallaban todos en el regio salón de una mansión ubicada en las afueras de París.

—Atención, atención —pidió de pronto una voz, a través de la

emisora privada—. Luna roja llama a Fénix... Los huevos están en el frigorífico, repito, los huevos están en el frigorífico... Corto.

Todos se miraron entre sí tras escuchar aquella voz que identificaron de inmediato. Era como si acabaran de pinchar sorpresivamente un globo hinchado pese a que esperaban que se reventase.

Claudia fue la primera que exclamó:

—¡Uaaauuuu, lo hemos conseguido!

Uno de los hombres jóvenes descorchó una botella de champán e hizo saltar la espuma mientras dos grandes daneses, macho y hembra, sacudían la cabeza cerca de la chimenea donde ardían troncos de pino y de roble.

—Alteza, brinde con nosotros —pidió André Garrós, el hombre del cabello blanco y propietario de aquella magnífica mansión próxima a la Ville Lumière.

—No, yo no bebo alcohol —dijo el árabe con suavidad.

—¿Ni una sola vez, Alteza? —insistió André Garrós.

—Ni una sola excepción. Alá podría lanzar su castigo sobre mí y soy muy creyente. Beberé leche de cabra, que hay aquí para mí, y tomaré unos pastelillos.

—Si quiere, le asarán cordero. Eso sí le gusta, ¿verdad, Alteza?

—Sí, mucho, pero en este momento no tengo apetito.

—¡Hay que brindar, hay que brindar, los millones son nuestros! —repetía Claudia alborozada.

—Me alegro de su satisfacción que es la mía —dijo el jeque árabe Haenik.

Claudia, amable, acercó la bandeja de plata al jeque árabe. En ella estaban los pastelillos que, evidentemente, no eran occidentales.

Ricard, uno de los hombres jóvenes, preguntó:

—¿Tienen droga?

—Nosotros no le llamamos droga.

—Pero, la tienen, ¿verdad? —insistió Ricard.

—Supongo que un analista occidental diría que tienen cannabis. ¿Complacido? —El jeque sonrió, mordió un pastelillo y añadió—: Para nosotros, la droga es el alcohol que nos está prohibido.

Walker, que tenía acento extranjero, preguntó:

—¿Cuándo tocaremos el dinero con nuestras manos?

—No seas vulgar —reprochó André Garrós.

—Hum... ¿Qué tengo que decir, que los huevos están en el frigorífico?

—Ésa es la clave. Los huevos son los millones.

—Huevos de oro —puntualizó Claudia, que también tenía un acento difícil de definir pero que sonaba acariciador en los oídos masculinos.

El jeque Haenik puntualizó a su vez:

—De brillantes, a juzgar por su elevado valor.

—El frigorífico —puntualizó André Garrós— es el banco suizo, la cuenta secreta.

—Un estupendo frigorífico que sólo podemos abrir nosotros —añadió Ricard.

—Sí. Puedo decir, y con perdón, que tengo los huevos en la nevera.

Claudia soltó una sonora carcajada.

—Qué ocurrente, André, qué ocurrente.

Mientras, un vigilante armado efectuaba la ronda por los jardines que rodeaban la mansión, jardines cercados por un elevado muro provisto de alta tensión para los intrusos.

Otros dos perros les acompañaban, siempre atentos.

La noche no era muy buena, resultaba fría y soplaba un viento ligero. La luna, casi en plenilunio, se escondía y reaparecía tras las nubes como jugando al escondite.

En aquel momento, no muy lejos de allí, sobre los verdes campos cuyo color en la noche resultaba negro, pasaba un helicóptero que se detuvo en el aire.

Por la puerta lateral apareció un hombre encapuchado.

Luchaba contra el viento y llevaba unas varillas de duro aluminio reforzadas con cable de acero.

Se despidió del piloto agitando la mano y se lanzó al vacío llevando tras sí las varillas.

De pronto, ya en plena caída, las varillas se abrieron como accionadas por un resorte y se desplegó la tela sintética, también de color negro, convirtiéndose todo el artificio en un ala delta de vuelo deportivo.

Bajo los ojos de aquel hombre que se lanzaba desde el helicóptero en la aparentemente endeble ala delta, brillaron no muy

lejos las luces de París.

Su sentido de la orientación era bueno y sabía muy bien lo que buscaba.

Guiándose por las luces de las carreteras y las calles, empujado por el viento y descendiendo cada vez más, rebasó varias mansiones importantes.

El encapuchado, volando sobre el área de los suburbios residenciales de París, no muy lejos del Bosque de Bolonia, reconoció la mansión que buscaba.

Hizo girar el ala delta en círculo para descender cada vez más, aproximándose en espiral descendente al gran y empinado tejado de pizarra de la mansión donde destacaban varias chimeneas, hasta que tocó una de ellas con las botas que calzaba.

Los perros ladraron en el jardín y el vigilante, receloso, buscó por los alrededores sin descubrir nada anormal; los perros continuaron ladrando.

El pájaro humano descendió furtivamente sobre el tejado, posando las suelas de goma sobre el caballete central de unión de los planos del tejado hasta que con las piernas se agarró a una de las chimeneas.

El ala delta vaciló y golpeó la pizarra oscura, produciendo algunos ruidos que temió le delataran.

Juntó las varillas, doblando así la tela que dejó de ser movida por el viento, y quedó quieto, tenso.

Al ver que no ocurría nada, acercó su cabeza a la chimenea por la que salía humo y trató de escuchar. Le llegaron rumores de voces.

Sonrió bajo la capucha que le ocultaba el rostro y se quitó de la espalda una pequeña mochila también negra que llevaba. De ella sacó varios cilindros de goma plástica unidos entre sí por una mecha resistente.

—Adiós a todos —gruñó riéndose.

Dejó caer la carga mortífera al tiempo que se lanzaba de nuevo al aire, desplegando el ala delta que en brevísimo tiempo pasó muy por encima de los cables de alta tensión que protegían la parte superior del grueso muro que circundaba la mansión.

La explosión fue horrisona.

La

goma-2

había caído en medio del fuego de la chimenea y estalló violentamente, derribando paredes y haciendo astillas los muebles. Provocó un incendio e hizo saltar gran parte de los cristales de la casa.

En lo alto, la chimenea se partió y rodó por el tejado, cayendo al suelo mientras los perros retrocedían, asustados por el estruendo.

El pájaro humano causante de la trágica explosión cayó con su ala entre los árboles de un parque próximo.

Rodó por el suelo, pero se levantó con rapidez. Había podido oír muy bien la explosión y era consciente de que no tardarían en escucharse las sirenas de la policía que acudirían a ver lo que había ocurrido, pues el estallido debía de haberse oído en un gran radio de acción.

Comenzaría la búsqueda casi salvaje del terrorista, una búsqueda con todos los derechos y bendiciones. Se rastrearía toda el área de la mansión y sus alrededores, ya que les sería difícil averiguar cómo había sido colocada la potentísima carga explosiva en el interior de la chimenea.

Las ambulancias llegarían ululando, dispuestas a recoger restos humanos, y aparecerían los periodistas, la televisión, todos con sus cámaras en ristre para ofrecer al mundo, a la opinión pública, un latigazo estremecedor ante aquel acto brutal de terror.

Mas, no iba a ser fácil, nada fácil, hallar el rastro del terrorista que se disolvió en la noche de los suburbios de París.

CAPÍTULO II

El Alpine

A-310

respondía bien a la presión del pie de Marc sobre el acelerador, no en vano era un coche poderoso. Cuatro cilindros en línea, mil seiscientos centímetros de cubillaje de motor, ciento veintisiete caballos de fuerza. Podía desarrollar una velocidad de doscientos diez kilómetros por hora.

Cruzó la frontera del principado de Mónaco y se dirigió al casino de Montecarlo.

Una vez dentro, pidió fichas de escaso valor y se paseó entre las mesas de la ruleta. Parecía despreocupado.

Una rubia platino alta y elegante, con aspecto de escandinava, le sonrió abiertamente.

El le devolvió la sonrisa pero pasó sin detenerse y ella se quedó con el cigarrillo sin fuego, pues Marc no le ofreció llama.

La chica torció el gesto y le miró de reojo; resultaba muy raro que un hombre ante su belleza y atractivo, ante la curva de sus senos y caderas, se negara a encenderle el cigarrillo si ella se lo pedía con delicioso mohín.

—¿Hay suerte por aquí? —preguntó Marc en tono suave, acariciante, con buen timbre de voz masculina.

Una cuarentona que debía sufrir lo indecible por ocultar sus «michelines», al ver a Marc tan alto, tan apuesto, de cabello negro y ojos verdes, le sonrió con aire confidencial.

—Sí, hay suerte, pero la tiene el caballero de la sortija de rubíes.

—No va más, no va más —repitió el croupier mientras lanzaba la bolita en la ruleta.

—¿Y usted no gana?

—No. Bueno —la mujer bajó la voz—. A veces pongo donde pone él y tengo un poco de suerte...

—¿Me permite que lo haga yo?

—Sí, claro.

—Siete negro.

—Cerrado —anunció el croupier después de que Marc colocara sus fichas.

La bolita saltó, brincó como una endemoniada y se posó en el...

—Siete negro gana —anunció el croupier.

—¿Lo ve? —rezongó la mujer cuarentona.

—Gracias por el chivatazo.

—¿Chivatazo? ¡Oh! —Y miró en derredor, temiendo que la hubieran oído.

El hombre de la sortija de rubíes acercó para sí gran parte de las fichas que le apartó el croupier y Marc se llevó otra parte. Ambos se miraron.

Aquel jugador tenía un grueso bigote, gris como su cabello. Su mandíbula era delgada y prominente, ligeramente alzada. Fumaba un buen cigarro y en ocasiones semejaba que hablaba sin que realmente lo estuviera haciendo. Quizá conversaba consigo mismo.

—Si quiere seguir jugando, por mí no se preocupe. No voy a molestar más —dijo el hombre de la sortija recogiendo las fichas.

—No tengo ningún interés en seguir jugando, no he venido a hacer saltar la banca —dijo Marc.

Cogió unas fichas y se las pasó a la cuarentona que se ruborizó.

—¿Qué hace?

—Es su tanto por ciento.

—¿Por qué?

—Su informe vale dinero, gracias.

Le dio un beso en la mejilla que la hizo enrojecer hasta las raíces de los cabellos.

Cuando sus ojos se volvieron a mirar, Marc se encaminaba en dirección a la caja; no se podía decir que hubiera hecho fortuna.

—¿Usted también se va? —le preguntó otro jugador.

—Sí.

—¿Tiene miedo a perder los pocos francos que ha ganado?

—¿Miedo a perderlos? Oh, no, no es eso. Jugar no es mi vicio.

—¿Mujeres?

—Caliente, caliente, caliente.

—¿Quién, usted o yo?

—Usted, si le da fuego a la señorita —le observó Marc cuando la rubia elegante y atractiva se inclinaba hacia él pidiéndole fuego.

El hombre de la sortija de rubíes encendió su mechero de oro, pero los ojos femeninos se clavaron en los verdes de Marc, que semejaban reírse irónicos.

—Pues, tiene usted razón, caliente, caliente, caliente... —admitió el desconocido.

—¿Qué le parece si nos vamos?

El individuo apartó sus ojos de la bellísima rubia y se encaró con Marc. En tono despectivo inquirió:

—¿Usted y yo?

—Sí.

—Creo que se equivoca. Yo, a usted, no le conozco de nada.

—Pues yo sé que usted se llama René Kolkiev.

El aludido achicó los ojos, frunció el ceño y miró a Marc.

La identificación de su persona por parte de aquel desconocido le había molestado, pero sonrió, controlándose.

—Bueno, puede saber mi nombre, no soy ningún desconocido.

—¿No te interesa el mío? —preguntó la rubia a Marc.

—No por ahora, si nos dejas tranquilos, quizá me interese luego.

Ella se encogió de hombros y aceptó:

—Como quieras.

—Yo no tengo nada que hablar con usted —advirtió René Kolkiev a Marc.

—Qué mala suerte, yo que deseaba venderle una información...

—¿Venderme una información? —repitió, poniéndose de nuevo en guardia.

—Sí. Si le hubiera dicho «darle una información», no me habría tomado en serio. En cambio, vendiéndosela...

Mientras Marc preparaba un cigarrillo para encenderlo, René Kolkiev hizo ademán de alejarse, pero antes de hacerlo, siempre receloso y a la defensiva, inquirió:

—¿Cuánto?

—¿Le interesa más saber el precio que la información?

—Quizás.

—Cien mil.

—¿Francos?

—Suizos.

—Está loco.

—La información es buena, puede librarle de algo de mucho más valor, palabra.

—Si piensa que voy a dejar que me chantajee, va listo.

—Como quiera, pero por cien mil habría comprado una excelente información. Luego se arrepentirá.

—¿Seguro? —Silabeó, sarcástico.

Marc le anotó el número de un apartado de correos de París en una tarjeta sin nombre.

—Cuando quiera comprar una información, podrá hacerlo enviando un telegrama a este apartado de correos, claro que la tarifa habrá subido.

—¿Ah, sí, cuánto?

—Ciento cincuenta mil. Ya ve que le interesa pagar ahora.

René, ante la impasibilidad de Marc, hizo ademán de romper despectivamente la tarjeta, mas se contuvo. Mirándole a los ojos, preguntó:

—¿Quién es usted?

—Marc.

—¿Marc qué más?

—Simplemente Marc.

—¿Un lobo solitario o pertenece a algún grupo?

—¿De qué grupo cree que hablo?

—¿Y yo qué sé?

—Bien, cuando quiera la información, mande un telegrama.

—Si quiere meterme miedo, va listo.

—Yo no he dicho que le meta miedo, sólo deseaba venderle una información y las informaciones suelen pagarse en relación a su valor. Una información deportiva se paga, una financiera se paga, una escandalosa también se paga...

—¿Y la suya, de qué tipo es?

—Es una información que puede evitar que corra la sangre.

—¿Ve cómo intenta meterme miedo?

—Está a tiempo, Kolkiev. Ah, déle recuerdos a su esposa. ¿O prefiere que se los dé para sus dos amantes fijas?

—¿Es un investigador privado o un «mete narices donde puede»?

—No se ponga nervioso, Kolkiev. Esta noche la pasaré en el hotel Saint León; llámeme si se pone nervioso y no puede dormir.

René Kolkiev dejó marchar a Marc.

Preocupado, recogió el dinero que le entregaron en caja por sus fichas y abandonó el casino.

Un taxi le condujo a su hotel en el Boulevard de la Princesse Charlotte.

Allí, en el bar, tomó dos copas.

Marc, el desconocido Marc, había tenido la facultad de malhumorarlo, pese a ser una noche de suerte en la ruleta.

—¿*Monsieur* Kolkiev?

—Sí.

—Han dejado esto para usted.

—¿Un libro?

El empleado del hotel se lo entregó. El libro estaba envuelto en papel de celofán. No le gustó, lo miró con recelo. En el lomo pudo leer el título y el autor: Truman Capote. *A sangre fría*.

Rasgó el celofán y lo abrió, buscando una tarjeta.

Se produjo un pequeño estallido. Un complicado mecanismo había hecho estallar el diminuto explosivo que le dejó las orejas llenas de silbidos.

Su corazón semejó detenerse cuando todos los concurrentes al bar se lo quedaron mirando fijamente mientras el libro permanecía abierto, muy abierto, demasiado abierto.

CAPÍTULO III

—Quiero tres vestidos iguales pero, ya sabes, con distintos colores, y los echarpes también.

—Descuide, *Madame*, serán como usted desea.

—He de ir a una fiesta importante y a otras reuniones con embajadores, pero ésas tienen menos importancia.

—Es usted una dama de mucho mundo, *Madame* Kolkiev.

—Si los salvajes bolcheviques no hubieran impuesto el imperio del terror, ahora sería condesa.

—O quizá princesa, *Madame* —dijo la modista lisonjera.

—Sí, es posible, si se hubiera muerto el hermano mayor de mi marido sin tener descendencia —suspiró—. En fin, menos mal que tengo dinero, que hoy día es más importante que los títulos.

—El dinero sin duda es fundamental, *Madame*.

—Ya sé que es vulgar, pero... Si no, ¿cómo pagaría las cuentas tan elevadas que me pasas, querida?

—*Madame* sabe que mis precios son los apropiados para gente elevada como usted. De lo contrario, se verían muchos vestidos iguales en las fiestas, ya sabe, simples esposas de ejecutivos...

—Una pregunta, querida.

—Las que quiera, *Madame*.

—¿Es cierto que te compran vestidos a plazos?

—Oh, no, *Madame*, a mí no. Aquí sólo vienen señoras importantes, con estilo, es cierto que a otras colegas les pagan con letras. Como las pobrecitas tienen poco trabajo...

Cuando abandonó la *boutique* de alta costura ubicada en el Boulevard des Capucines, en pleno centro de París, su chófer cogió entre sus manos enguantadas al cocker spaniel de color rojo.

Luego, abrió la portezuela del lujoso automóvil cuando de

pronto algo duro se apoyó en sus riñones.

—Cacarea y te mato —dijo a su espalda una voz dominante.

—¿Quién es?

—¿Qué sucede, Lino? —preguntó la mujer, sentándose en la parte posterior.

Otro hombre abrió la portezuela y se sentó a su lado.

—¿Qué hace usted? —bramó la mujer—. ¡Fuera!

El segundo hombre llevaba en la mano un *spray*. Contuvo la respiración y seguidamente pulverizó el rostro de la mujer mientras ella gritaba desesperadamente y el perro empezó a ladrar por simpatía.

—Tu adentro también —ordenó al chófer el que empuñaba la pistola.

Lo pusieron a un lado y el tipo de la pistola, un desconocido para Lino, se hizo cargo del volante.

El coche se puso rápidamente en marcha, alejándose en dirección a la Opera.

Lino, nervioso, preguntó:

—¿Es un secuestro?

—No, es que tenemos diarrea y no sabíamos dónde descansar las posaderas.

Lino miró de reojo a su patrona, que dormía tumbada de lado mientras la ventanilla permanecía abierta.

El perro también se había dormido.

—A mí, a mí no me harán nada, ¿verdad? —balbució el chófer.

—Si te portas bien, te soltaremos antes de media hora. Si haces el tonto, en una hora te habrán llevado a la Morgue. ¿Qué te parece el trato? —preguntó el conductor.

Lino tragó saliva. La nuez bajó y subió en su garganta como un ascensor.

—Me parece mejor la primera proposición.

—Bien. Ah, y no te preocupes por la tipa ésa, sólo queremos sacudirla un poco cogiéndola por los pies y cabeza abajo, a ver cuánta calderilla suelta.

—Es muy rica —confesó Lino, titubeando.

—Qué descubrimiento Con este «Mercedes» gran lujo, ya hemos supuesto que no era una jornalera.

Lino observó que aquel individuo conducía muy bien,

respetando las señales de tráfico para no llamar la atención.

Llegaron al Peripherie, y de él escaparon para tomar la carretera que conducía a Versailles.

El conductor se detuvo junto a la cuneta.

—Baja —ordenó a Lino.

—¿Aquí?

—Sí. Aléjate de la carretera sin mirar atrás. Espera media hora y después ya puedes hacer autostop.

—Sí, sí, no diré nada.

Lino, poco optimista respecto a cómo iba a terminar aquel asunto del secuestro de *Madame* Kolkiev, se fue al bosquecillo próximo.

Echó a correr al oír el ruido del motor muy fuerte, pero algo mortífero le empujó con mucha violencia, y la luz se hizo oscuridad en sus ojos y en su mente.

Cayó hacia adelante según corría, con los brazos abiertos, mientras el lujoso «Mercedes Benz» último modelo se alejaba veloz.

* * *

El reactor subsónico de la British Air Line descendió suave, con la máxima precisión, sobre la pista principal del London Airport hasta quedar inmóvil.

—Welcome to London —dijo la azafata mayor, una mujer de cabellos rubio cobrizos, boca carnosa, algo gruesa, sonrisa permanente y ojos cargados de picardía cuando lo deseaba.

Los pasajeros fueron descendiendo del aparato.

Uno de ellos, alto, ostensiblemente varonil, clavó sus ojos verdes en los de color avellana claro de ella y le dijo:

—Me hace falta un número de teléfono.

—¿Para reclamaciones?

—Eso ya lo decidiré mañana.

—No entiendo, míster.

—Es que mamá me tenía tan mimado que no sé dormir solo.

—¿Miedo a la oscuridad? —preguntó ella, irónica, brillándole los ojos al tiempo que miraba al hombre, como preguntándose a sí misma hasta dónde podría llegar con él.

—Es posible. ¿Me recomiendas un hotel apropiado?

—Lincoln Park.

—Gracias.

—De nada, y bien venido a Londres.

Marc no llevaba ni portafolios, iba con lo puesto. Tomó un taxi y pidió al chófer:

—Al Hilton Hotel.

Cuando llegó a conserjería, le dijo al empleado, muy estirado y elegante:

—Míster Donovan me espera.

—¿Míster Donovan, dice?

—Sí, Luc Donovan. Dígale que ha llegado su amigo Marc.

—¿Marc qué más?

—Marc a secas.

—Hum —abrió un libro, consultó y descolgó el teléfono. Al poco, volvía a horquillarlo.

—Puede subir, *suite* ciento cuatro.

Estaba tan cerca de la planta que prefirió subir por la gran escalinata en vez de utilizar el ascensor.

Aquella planta era la más noble y rica del hotel.

Bastó dar unos golpecitos en la puerta para que un hombre le abriera, le observara inquisitivo y luego se hiciera a un lado.

Marc entró y otro individuo le pidió:

—Un momento, voy a cachearle.

—Cachea a tu madre, rico.

—He dicho que voy a cachearle —repitió con dureza.

—Y yo te he contestado que cachees a tu madre.

Los dos hombres intercambiaron una mirada de inteligencia. El que había abierto la puerta, temiendo un conflicto desagradable, pidió:

—Un momento.

Se adentró en la *suite* y, al poco, regresó.

—Puede pasar.

—De acuerdo, y cuando queráis cachearme, traed a una chica. A mí sólo me palpa los cataplines una mujer y que sea bonita.

No le replicaron.

En la salita, frente a un gran ventanal cubierto por costosas cortinas que tamizaban la luz, se encontró con dos árabes que fumaban en boquilla. En sus manos lucían valiosos anillos.

Había allí un tercer individuo, bajo de estatura, cuellicorto, ancho de espaldas y delgado de cintura hacia abajo. Tenía los dientes tan perfectos y alineados que, obviamente, eran postizos.

Vestía en forma impecable y su mirada, tras las gafas, resultaba acerada. Un uniforme de la Gestapo le hubiera sentado magníficamente.

—Si el trabajo no es perfecto, va a tener usted un desagradable final, Marc —silabeó Luc Donovan, que además tenía un acento que se le hubiese podido tomar por alemán. Sin duda, el nombre era falso.

—Siempre me he dicho que no es mi intención llegar a viejo. Me gusta vivir la vida de prisa. Ponerme por meta llegar a viejo, y sacrificarme todo el tiempo, es una solemne estupidez, máxime porque cuando llegamos a viejos no servimos ni para sostenernos de pie.

Marc miró a los dos árabes, posiblemente dos jeques de algún emirato poderoso por sus petrodólares. Ellos le miraron a su vez sin hacer comentarios, fumando impasiblemente.

—No queremos que haya problemas —puntualizó Luc Donovan, siempre tajante.

—Los evitaré en lo posible.

—Usted no nos conoce, Marc. Jamás se ha puesto en contacto con nosotros.

—Soy mudo, ciego y sordo.

—Perfecto. Si falla tiene la posibilidad de llamar al teléfono que conoce y se le informará dónde debe devolver el dinero.

—¿Y si no lo devuelvo?

—Habrá firmado su sentencia de muerte.

—¿Cree que me encontraría?

—Seguro. Bastaría con hacer un buen ofrecimiento, una generosa recompensa para el¹ mejor cazador, y usted sabe bien, pero muy bien —insistió— las distintas organizaciones que existen para la caza del hombre. Es un deporte que se ha practicado siempre y no ha caído en desuso.

—Bien, acabemos.

El hombre de las gafas que se hospedaba en el Hilton Hotel bajo el nombre de Luc Donovan puso un portafolios sobre la mesa. Lo abrió y mostró su contenido.

—Bien, bien, billetes usados.

—Dólares americanos, libras esterlinas, francos franceses, francos suizos y marcos alemanes. Un buen muestrario de billetes de Banco.

—Perfecto. Espero volver pronto por la segunda parte.

—Será un placer entregársela.

Marc cerró el maletín y observó a los árabes. Estaba seguro de que le entendían; aquellos hombres eran personajes cultos, educados en los mejores colegios europeos. Eran la aristocracia de su nación.

—Todo saldrá bien. Están pagando al mejor profesional, no se arrepentirán —cerró el maletín y preguntó—: ¿Alguna cosa más?

—Suerte.

—Aceptada.

Dio la vuelta y abandonó la *suite* y luego el hotel. Tomó un taxi hasta Charing Cross. Una vez allí, se dirigió a la estación del metro, subió en él y se apeó en Paddington.

Miró en torno suyo y seguro ya de que no sería seguido, paró otro taxi y pidió:

—Al Lincoln Park Hotel.

CAPÍTULO IV

—¿No has llamado a tu mamá? —preguntó la bella mujer de cabellos rubio cobrizos y ojos color avellana claro. Poseía una boca carnosita, burlona la mayor parte de las veces.

—¿Cenamos juntos?

—Bueno. ¿Por qué no?

Fueron al restaurante y mientras cenaban, se miraron a los ojos. Marc le observó:

—Tienes unos ojos que ríen, son irónicos.

—¿Te gustan?

—Sí, mucho. Es un placer mirarlos.

—A mí también me gustan los suyos. Son de un verde brillante muy hermoso. Pareces un felino.

—¿Tienes miedo de que te dé un zarpazo?

—¿Miedo? —se rió—. ¿Sabes? Todavía no conocemos nuestros nombres.

—Marc.

—¿Sólo?

—Suficiente —respondió él.

—Y el mío, Elis.

—De acuerdo, no soy muy preguntón.

—Mejor.

—¿Soltera?

—¿No has dicho que no haces preguntas?

—El primer *round* es tuyo.

—Acepto la victoria.

—¿Te hace falta que vayamos a bailar a algún club antes de subir a mi habitación?

—Vas muy rápido, ¿no?

—Puede, pero tú eres azafata y el tiempo vuela, vuela, vuela...

Ella volvió a sonreír ampliamente con sus labios carnosos y sensuales que atraían a los hombres, unos labios que pedían ser besados, mordisqueados, deseados cuando menos.

—No hace falta ir a bailar. Tengo un magnetófono que suena muy bien.

—¿No faltarán cassettes?

—No, precisamente los tengo muy adecuados.

—¿Adecuados para qué?

—Para lo que ambos deseamos, supongo.

Efectivamente, el magnetófono era un aparato pequeño y sonaba de maravilla. Traído de Extremo Oriente.

La habitación no era grande, pero sí suficiente, y la ventana daba a una calle bien iluminada sobre cuyo asfalto había comenzado a llover finamente.

La calefacción funcionaba fuerte e incluso hacía calor.

—¿Crees que ligo a menudo?

—No.

—¿Por qué lo crees? —preguntó ella, mirándole inquisitiva.

—En esta ocasión ligamos juntos porque yo te caigo bien.

—Eres un creído, estás pagado de ti mismo.

—¿Acaso tú no te sabes bonita?

Se acercó a ella inclinó la cabeza y la besó habilidosamente en los labios.

Elis había cerrado sus grandes ojos y cuando volvió a abrirlos se encontró con los verdes de él.

—Si crees que has atrapado una mariposa pura, te equivocas.

—Yo tampoco soy muy puro que digamos.

—Un momento... Tú eres de los que creen que las azafatas son, digamos, ligeras en sus relaciones, ¿no?

—Las hay que sí, como las secretarias, las empresarias cuarentonas o las policías de uniforme.

—Tengo dos niños —dijo ella, cerrando los párpados.

—Diablos, eso es más fuerte...

—¿No lo esperabas?

—No. Una cosa es que de adolescente tuvieras experiencias con algún primo o novio, pero dos hijos son palabras mayores. Supongo que serán babies...

Ella se echó a reír.

—¿Te asustas?

—No, supongo que encontraré a una mujer con mucha experiencia.

—¿En qué?

—En juegos de cama.

—No vendo ni compro sábanas, ni mantas, ni colchas.

Elis introdujo una cassette muy sensual, especial para determinadas ocasiones. Después, comenzó a desnudarse...

* * *

Marc deslizó el índice diestro por el cuerpo hermoso de Elis, resiguiendo sus curvas sobre una piel fina, suave, una piel sin arrugas, tersa y perfumada.

—No tengo niños.

—Lo sabía.

—¿Por qué?

—Una mujer con dos hijos no es lo mismo.

—¿Tan fino eres?

—Digamos que no soy ningún novato. Si tú te acostaste con alguien, debe de hacer mucho tiempo de eso.

—Si, mucho tiempo —admitió Elis—. Creí que le amaba.

—No voy a caer en la trampa de hacerte preguntas.

—Gracias. Aquello ya pertenece al pasado.

La besó en las paletillas, pues Elis estaba boca abajo con la cabeza ladeada.

—¿He sido el primero desde entonces?

—Si eso te llena de arrogancia...

—Elis, yo no soy piloto ni auxiliar de vuelo, pero viajo mucho. Creo que podríamos cultivar esta amistad o como quieras llamarla.

—¿Y qué te hace suponer que voy a ser tan tonta de ceder a tus caprichos?

—Eso es mutuo. Por cierto, tengo que sacar un paquetito de Londres.

—No estarás pidiéndome que te ayude, ¿verdad?

—Pues si. Vosotras, las azafatas, tenéis ciertas facilidades en los aeropuertos.

—Han tratado de implicarme en más de una ocasión con drogas y con el tráfico ilegal de joyas.

—Ni joyas ni droga.

—¿Qué es, entonces?

—Un poco de dinero.

—El tráfico ilegal de divisas también es peligroso.

—Si no quieres ayudarme, no lo hagas.

—No me gusta correr riesgos —dijo ella volviéndose sobre la cama.

—Te comprendo.

—Ya he corrido un riesgo acostándome con un desconocido del que sólo sé que se llama Marc y ahora resulta que quiere evadir divisas.

—Saldrías beneficiada.

—Si te hiciera ese favor, no sería por dinero.

—De acuerdo.

—Marc, ¿qué eres, un traficante de divisas internacional?

—No.

—¿Entonces?

—En ocasiones cobro algunos pagos y no tengo ganas de pagar fiscalía en un país que no es el mío.

—¿Y tú, de qué país eres, realmente?

Se echó a reír burlón.

—Segundo *round* lo gano yo. Esta vez has preguntado tú.

Ella se incorporó, importándole poco la desnudez de ambos. Se colgó del cuello masculino y exigió:

—Mírame fijamente a los ojos.

—Ya está —dijo él, al tiempo que posaba sus manos sobre las bien redondeadas caderas de la mujer.

—Ahora dime si vas a perderme, y no me refiero a la cama, porque lo que me da pánico es ir a parar con mis tiernos huesos a la cárcel. No lo soportaría. Y confiar en un desconocido de forma tan entregada es correr un peligro mayor que ponerse a dormir en la vía férrea.

—No es mi intención perderte, Elis; sin embargo, y te lo digo mirándote fijamente a los ojos, piensa que la vida está llena de riesgos y todos podemos tener un tropiezo. Sé de un hombre que iba un día por uno de los túneles del metro de París. Tropezó con otro

sujeto algo más bajo de él y se alejó rápidamente. El hombre del que te hablo se palpó los bolsillos y vio que le faltaba la cartera, por lo que se volvió contra, el que se alejaba y le gritó: «¡Quieto ahí, quieto!».

»El otro, por miedo, echó a correr. Le persiguió hasta alcanzarle, rodaron por el suelo y cuando lo tuvo bien sujeto, le exigió que le entregara la cartera.

»El otro, asustado, se la dio. El hombre del que te hablo no había llegado al final del túnel cuando un gendarme le detuvo. Le pidió la documentación y él sacó la cartera que creía haber recuperado. El gendarme pudo comprobar que la tarjeta de identidad no era la suya.

»Desgraciadamente, su mujer le confirmó luego que se había dejado la cartera en casa, pero ya era tarde. Se había convertido en un ladrón con violencia sin saberlo.

—Sí, el riesgo siempre existe —admitió la joven—. Te ayudaré, pero no me digas de dónde sacas ese dinero. Prefiero no saberlo.

—Vas a llevarlo a Suiza.

—Entonces tendrás que esperar a la semana próxima que hago ese vuelo, antes no.

—Yo tengo que volver a París.

Marc sacó el maletín, lo abrió y se lo mostró.

Elis, al ver tantos billetes, medio silbó de admiración.

—Es mucho dinero.

El cogió unos cuantos billetes, francos franceses, y se los entregó.

—No es que te pague nada, digamos que es para comprarte unas medias.

—¿Con todos estos billetes? Entonces será un camión de medias.

—Haz lo que te venga en gana.

—¿Y dónde guardarás ahora ese maletín? —preguntó Elis mirando los billetes que había sobre la cama.

—Lo vas a guardar tú en la consigna automática del aeropuerto; después guardarás la llave y la semana próxima lo coges y lo llevas a Suiza. Allí te estaré esperando yo.

—¿Y te fías de mí? —le preguntó, asombrada—. Con todo ese dinero puedo irme al Brasil y comenzar una nueva vida.

—¿Para qué empezar otra vida, si acabas de comenzarla

conmigo?

—Eso es cierto —dijo ella, cogiéndolo de nuevo por el cuello y volviendo a besarlo como si la caricia labial fuera su aire imprescindible para respirar.

CAPÍTULO V

El día era malo. Se había levantado viento, pero las nubes eran bajas y llovía a ráfagas.

René Kolkiev no se molestó en contemplar el paisaje.

—¿Llego tarde?

Se revolvió como si presintiera que tras él había una víbora presta a inocularle su ponzoña.

—Al fin ha llegado —masculló.

—Tenía asuntos que resolver. Lo fácil hubiera sido contarle que el tráfico es muy denso. París se está haciendo cada día más imposible para circular.

—Dejémonos de bromas. ¿Dónde está mi mujer?

—¿Su mujer?

—Sí, no se haga el idiota.

—¿Quiere decir que su mujer ha desaparecido?

—Sí, y usted tiene que ver en este asunto. Es posible que le haga detener; la policía está buscando al que disparó a mi chófer por la espalda.

—¿Muerto?

—No, vive. Está en coma en el hospital, pero vive. Dicen que es posible que se salve.

—La primera noticia. ¿Y qué dice la policía?

—Ha hecho muchas preguntas.

—¿De qué clase?

—No se haga el gracioso. Usted le pegó un tiro a Lino por la espalda, menos mal que se lanzó al suelo o se cayó, no sé. Salvó la piel, eso es lo importante, pero el coche con mi mujer dentro desapareció.

—¿Y por qué se preocupa, por el coche o por su mujer?

—Por mi mujer. El coche reapareció frente a mi domicilio, vacío.

—¿Y ha denunciado a la policía la desaparición de su mujer?

—No, todavía no, pero tendré que comunicarlo.

Marc encendió un cigarrillo parsimonioso, como si estuviera meditando algo antes de decirlo.

—Le advertí que tendría problemas.

—¿Qué es lo que busca, Marc?

—Ya le dije que le vendía una información, son ciento cincuenta mil. Recordará que la tarifa subió al no pagar antes.

—¿Eso es parte del chantaje?

—No, no hay chantaje, es el precio de una información. Del secuestro de su mujer no sé nada.

—¿Seguro?

—Sí, tanto que puede llamar a la policía si lo desea.

—Espere, espere —se revolvió sobre sí mismo hasta casi dar dos vueltas—. Si usted no ha sido, ¿por lo menos sabe quién puede haberlo hecho?

—¿Se han comunicado con usted?

—Sí.

—¿Qué le han dicho?

—Que no llame a la policía si quiero volver a verla viva.

—Y usted se lo ha pensado, claro.

—¿Cómo dice?

—Su mujer no es ninguna niña. Si se muere, si encuentran su cadáver, usted lo hereda todo. Lo cierto es que le ha ido muy bien casarse con ella, claro que ahora, si se muere, hereda y encima puede seguir con sus amantes y hasta casarse con una de ellas si le apetece.

—Es usted un cínico —barbotó—. Yo no quiero perder a mi esposa.

—Ah, se me había olvidado, ella tiene un hijo de su anterior matrimonio, un hijo que está en alguna parte y que sería el heredero y no usted. Qué malas pasadas me juega la memoria...

—¿Se burla de mí?

—No, todo lo contrario. Examinemos la situación... Resulta que a usted no le interesa que su esposa se muera y si está secuestrada, pagará lo que sea con tal de que continúe Viva.

—¿Pagar, cuánto?

Marc se encogió de hombros.

—No sé, diez, cincuenta, cien millones.

—¿Qué dice? ¿Se ha vuelto loco?

—Siempre me pregunta lo mismo —rezongó con fastidio—. Los tipos que secuestran a gente importante, a gente adinerada, no piden calderilla.

—Pero yo no dispongo de ese dinero.

—¿Su mujer le tenía el grifo controlado?

—Sí, claro que sí.

—¿Sólo le dejaba la calderilla?

—Poco más o menos.

—Ah, por cierto, si quiere que le informe, pégume ciento cincuenta mil primero. Eso es calderilla para usted.

—¿Ciento cincuenta mil a cambio de qué?

—A cambio de la información que yo poseo. ¿O es que hablo en sueco?

—Está bien, le daré los ciento cincuenta mil.

—De acuerdo. A las nueve de la noche, en la estación del Norte, frente a las consignas.

—¿A qué se refiere esa información?

Sin responder directamente a la pregunta, Marc le puntualizó:

—Quiero billetes usados de distintos valores sin numeración correlativa. No me busque problemas porque será peor. Ah, si quiere avisar a la policía para alertarla contra mí, puede hacerlo, yo no tengo nada que ver con el secuestro de su esposa ni el tiroteo de su chófer.

—Sí, pero, a pesar de todo, la policía siempre le crearía problemas.

—No lo crea, con la policía tengo yo contactos muy apreciables. Quizás, si le investigaran a usted, fuera peor.

—¿Investigarme a mí? Yo no tengo nada que ocultar.

—Ah, no, claro que no, sólo que estuvo en una cárcel italiana por estafa. Claro que usted es un hombre de mundo, va mucho de un lugar a otro... Hasta es posible que su esposa ignore ese asunto y otros similares.

René Kolkiev se había puesto pálido. Buscó en su chaqueta un cigarrillo de costo, lo mordisqueó y trató de encenderlo, pero la

llama se apagaba.

Marc se lo encendió con su propio mechero de gas. Cuando Kolkiev hubo expulsado la primera bocanada de humo, inquirió:

—¿Me ha investigado?

—No pensará que me tropecé con usted por casualidad, ¿verdad? Hasta la noche, *monsieur* Kolkiev, y que no se le olvide el dinero. Ah, si le llaman los secuestradores y quiere algún consejo de mi parte, no olvide hablarme de ello. Por ese asunto no le cobraré un solo franco.

* * *

Elis había tenido paciencia para descoser el forro de su gabardina impermeable y sujetar cuidadosamente en su interior los fajos de billetes. Volvió a coser la gabardina y con ella se dirigió al aeropuerto.

Sonreía pero estaba nerviosa, notaba una extraña sensación por lo que estaba haciendo.

Se preguntó si era correcto lo que hacía y llegó a la conclusión de que Marc era un cínico y un sinvergüenza que se aprovechaba de ella y había sido suficientemente incauta como para aceptar el encargo.

Miró a los aduaneros. En ocasiones, registraban los maletines de las azafatas. Después de todo, ellas cruzaban el control de aduana.

—Buenos días —saludó sonriente, poniendo su neceser sobre el mostrador.

—No tan buenos —contestó el aduanero—. Está lloviendo.

—Por eso me he traído el impermeable. Espero que en Suiza haga mejor tiempo.

El aduanero dio un vistazo por encima al neceser y le dejó paso libre. Ella se alejaba cuando...

—¡Miss Elis!

Se volvió, enfriándose la sonrisa en su boca.

—¡Buen viaje!

—Ah, gracias.

Salió al exterior, dirigiéndose al avión.

Una vez a bordo, dobló la gabardina con mucho cuidado y la ocultó bajo unas cajas.

El reactor despegó sin problemas y el vuelo fue perfecto.

—¿Qué te pasa, Elis?

La muchacha, sorprendida, se volvió hacia su compañera.

—¿A mí?

—Sí, estás como distraída. Unos pasajeros han pedido *whisky*.

—Perdona, es que no me encuentro muy bien, tengo un poco de jaqueca.

El aterrizaje en Zúrich no tuvo problemas.

Con la gabardina en el brazo, Elis buscó con la mirada dentro de la sala de espera del aeropuerto.

—¿Busca a alguien, señorita?

—Eh... —Se quedó mirando a un viejo de cabello y bigote blanco que se encorvaba ligeramente sobre un bastón—. No, no.

—Pero, busca a alguien, ¿verdad? —insistió.

—Pues, a un amigo, eso es, a un amigo.

—Si puedo ayudarla... —dijo el viejo con voz gangosa.

—No, gracias.

—Pues en la cama no decías lo mismo.

Se lo quedó mirando fijamente mientras él le guiñaba un ojo.

—Marc, ¿eres tú?

—Je, je, me sienta bien el disfraz, ¿eh?

—¡Granuja!

—No está nada bien que insultes a tu tío abuelo. Anda, cógeme del brazo y acompáñame. Por cierto, ¿llevas el dinerito?

—Granuja, cínico, embustero... Me he convertido en una delincuente por tu culpa y eso me lo has de pagar.

—¿Ah, sí, cómo? —preguntó él, burlón.

—Ya lo verás —le respondió, mientras ambos salían del aeropuerto.

CAPÍTULO VI

René Kolkiev estaba nervioso. Se puso un par de pastillas en la boca y se las tragó con una copa de champaña. No estaba ya seguro de nada.

Tenía al alcance de la mano todos los lujos que siempre había deseado, incluso podía permitirse entrar en los grandes casinos y jugar sin miedo a perder, pero en aquellos momentos se daba cuenta de que todo su confort, todo su lujo, podía perderse.

El teléfono sonó estridente, o por lo menos así se lo pareció a Kolkiev, que se hallaba bien aposentado en el lujoso apartamento de París en el que su mujer prefería vivir.

—¿Diga? —preguntó, ya decidido a responder.

—¿René Kolkiev? —interpeló una voz impersonal.

—Sí, soy yo.

—Ha hecho bien en no llamar a la policía. Todo puede quedar en un viaje a las Bermudas de su amada esposa.

—¿Un viaje a las Bermudas?

—Bueno, es lo que puede contar a las amistades de ella. Si habla a la policía, la va a encontrar cadáver, la llevarán a la Morgue y allí la destriparán para ver de qué porquería se ha muerto.

—No, no la maten —suplicó Kolkiev, tartamudeando.

—Muy bien, pero son cincuenta millones.

—¿Cincuenta millones? —chilló mientras comenzaba a sudar.

—No se haga el tonto, sabemos que dispone de esa cantidad.

—En absoluto, se equivocan, no tengo esa cantidad, ni cien veces menos.

—No sea estúpido. Sabemos que su esposa heredó la fortuna de su hermano y también le ha proporcionado mucho dinero la venta del palacete que heredó de él después de que reventara del

bombazo. No querrá que ella muera también como su cuñado, ¿verdad?

—No, no, claro que no, pero yo no tengo ese dinero —farfulló Kolkiev, muy nervioso.

—Voy a colgar, estoy hablando demasiado. Reúna esos cincuenta millones y volveremos a llamarle.

—Yo...

Se cortó.

—¡Espere, espere!

Fue inútil, la comunicación se había interrumpido.

—¡Maldita sea!

Colgó, dando un fuerte golpe al teléfono que volvió a sonar, sorprendiéndole tanto que apartó la mano como si fuera a pasarle la corriente eléctrica.

Se lo quedó mirando y ante la insistencia, volvió a descolgar.

—¡No tengo ese dinero! —gritó.

—¿Qué le pasa, Kolkiev, no tiene ciento cincuenta mil?

—Ah, usted, usted es Marc.

—Sí, ya me he dado cuenta de que estaba comunicando. ¿Hablaban con los secuestradores?

—Sí, sí, eran ellos. Voy a llamar a la policía porque me están extorsionando y a usted también lo meterán entre rejas.

—No malgaste saliva, Kolkiev.

—Usted dijo que se encontraría conmigo en la estación. Estuve allí esperando una hora con el dinero en una mano y con los rateros que pululan por París, estaba corriendo un riesgo importante.

—Lo lamento, tuve que hacer un viaje precipitado.

—¿Ah, sí? Pues podía haber avisado.

—Dentro de cinco minutos llamaré a la puerta de su apartamento.

—¿De mi apartamento?

—Sí. ¿Tiene el dinero allí?

—Pues... —vaciló.

—Eso quiere decir que sí. Ah, otra cosa... ¿Hay policía por ahí?

—¿Policía?

—Sí, claro, por el balazo que recibió su chófer. Por cierto, ¿cómo está?

—Mal, me temo que se morirá y la verdad es que la policía está

muy molesta. Será mejor que nos veamos en otra parte.

—Sí, vaya a Notre Dame.

—¿A Notre Dame?

—Sí, suba hasta encontrarse con uno de los demonios de piedra.

—Usted siempre anda por las alturas. ¿Sabe cuántos escalones hay y sin ascensor?

—Eso será un masaje cardíaco. Allí le dará un poco el aire y pasará como un turista más.

René Kolkiev quiso protestar pero Marc también le colgó el teléfono.

Kolkiev introdujo los billetes en un portafolios pequeño y abandonó el apartamento para dirigirse a Notre Dame en su propio automóvil.

Pasó cerca de la conserjería y no quiso tener problemas. De cuando en cuando, miraba por el espejo retrovisor por si era seguido mientras movía las mandíbulas como si entre las muelas tuviera un chicle.

Estacionó en infracción y buscó la estrecha puerta para subir y subir peldaños pétreos, rezumantes de historia, que le habrían de conducir a la cima de la catedral de París.

No llovía. Un viento helado le azotó el rostro hasta hacerle daño.

René Kolkiev miró en derredor y descubrió al hombre que buscaba junto a la gárgola que representaba un diablo de piedra.

—Marc.

—¿Trae el dinero?

—Sí, pero quiero la información y le advierto que voy armado.

Sacó la mano del bolsillo de su gabán y le mostró una pistola que llevaba, pequeña y en su versión de lujo, un arma para disparar a corta distancia pero de efectividad comprobada.

—No hace falta que la emplee conmigo.

—Ahora sí que va a decirme quién es —silabeó, sujetando una sonrisa de triunfo entre sus dientes. Tenía la pistola y había sorprendido a Marc con ella.

—¿Me está amenazando?

—Naturalmente que sí. Estoy harto de secuestradores y chantajistas, ahora va a darme toda la información.

—¿Quiere decir que espera que yo le cuente lo que sé y no va a

pagarme el dinero que lleva encima?

—Alguna vez tenía que salirme con la mía.

—Pues ahora no va a poder ser.

—¿Ah no, por qué?

—Por los turistas que acaban de llegar buscando a Quasimodo.

—¿Qué?

Volvió ligeramente la cabeza y fue suficiente para que Marc le diera un manotazo.

Sonó un disparo y la pequeña pistola cayó al suelo. Marc, con habilidad de judoka, le retorció el brazo al tiempo que pisaba el arma.

—No sea estúpido. Si quisiera robarle, ya lo habría conseguido.

Le tomó el maletín y luego lo empujó.

—Ya me ha robado, ¿no?

—Usted ha venido aquí a pagarme por una información.

—¿Y cuál es esa puñetera información?

—Cuatro hombres van a ejecutarlo.

—¿Qué?

—Sí, van a ejecutarlo a usted, precisamente a usted.

—Pero ¿por qué?

—André Garrós, su cuñado, debió de tener una vida muy agitada, pues murió por la goma-2

que pusieron en su casa. En la explosión murieron varias personas muy significativas.

—¿Y qué tengo yo que ver en este asunto?

—Usted heredó a su cuñado André Garrós.

—Yo no.

—Su esposa, que es lo mismo.

—No, no es lo mismo —puntualizó.

—¿Ah, no, quién paga sus facturas?

—Pero el control lo lleva ella —se disculpó.

—Da igual, usted se beneficia.

—Bueno, pero ¿qué tengo yo que ver con la muerte del engreído de mi cuñado?

—No lo sé, pero andan buscando algo, quizás una cuenta secreta en Suiza.

—¿Yo una cuenta secreta en Suiza?

—Sí, usted o su mujer.

—Pero ¿quiénes son esos tipos, quiénes los mandan?

—Son profesionales internacionales, sicarios al mejor postor y es bueno que sepa que dentro de su categoría de verdugos internacionales están catalogados como de cinco estrellas. ¿Me comprende?

—De lujo, vaya —suspiró, ahora más pesimista.

—Más o menos, y no me extrañaría que algunos jeques árabes que tienen muchos petrodólares fueran los paganos.

—Cada vez lo lía usted más.

—¿Acaso ha olvidado la explosión del palacete de su cuñado, ese palacete que heredó su esposa y que vendió a una constructora porque lo vio tan estropeado que prefirió no habitar en él? La verdad es que le pusieron una buena carga de explosivos y aunque lujoso, el palacete también era antiguo.

—Sí, sé muy bien que murió un jeque árabe. Sería una visita de mi hermano, él siempre iba con tipos raros y si el jeque tenía petrodólares...

—Los tenía.

—Era muy listo.

—El jeque estaba secuestrado en la mansión.

—¿Secuestrado? No lo sabía, la prensa no dijo nada.

—Fue un secuestro que se llevó a cabo muy discretamente. La prensa no se enteró, pero los árabes pagaron por la liberación del jeque Haenik.

—¿De modo que mi cuñado, el cínico de André, secuestró a un jeque millonario en petrodólares?

—Sí, y cobró el rescate. Pero el jeque murió y ahora, sus familiares, los emires de una nación a la que todo el mundo mima por su poder en la venta de petróleo, están enfadados y con razón. Pagaron y les devolvieron el jeque hecho pedacitos.

—Yo no tengo nada que ver en este lío.

—Puede ser, pero le buscan para ejecutarlo. Tenga, le he traído las fotos de sus verdugos. Por lo menos, sabrá la cara que tienen los que van a enviarle a la Morgue si es que dejan su cadáver apto para ser recogido.

René Kolkiev cogió las fotografías, las miró y gruñó:

—No me gustan esta clase de bromas.

—A mí tampoco, pero ésa era la clase de información que le vendía. Ahora, ya sabe lo que le va a ocurrir. Yo de usted, acudiría al ministerio del Interior y pediría protección, también al Ministerio de Asuntos Exteriores, aunque me temo que no le harán mucho caso. Nadie, absolutamente nadie, quiere que los jeques del petróleo sean molestados.

—Sí, nadie quiere problemas con los árabes ni los americanos que han dado el gran patinazo con ellos, pero yo no sé nada, a mí no pueden asesinar-me.

—Sí pueden, Kolkiev, sí pueden. Lo malo es que se le han acumulado los problemas. Han disparado contra su chófer, han secuestrado a su esposa, le piden muchos millones y encima hay cuatro sicarios internacionales que cobran por ejecutarle. No me gustaría estar en su piel, claro que siempre le queda el recurso de buscarse un disfraz de cocodrilo e irse a tomar el sol a la Amazonia. A lo mejor allá no lo descubren.

Marc, que había tomado ya los billetes y recogido del suelo la pistola a la que le había quitado las balas, dio por terminado el encuentro encaminándose a la puertecita que daba acceso a las empinadas y tortuosas escaleras de piedra que permitían a los turistas visitar lo más alto de Notre Dame de París cuando René Kolkiev corrió tras él con la desesperación reflejada en su rostro.

—¡Espere!

—¿Qué le pasa, Kolkiev, necesita un retrete con urgencia? No vaya a cometer la cochinada de ensuciar este santo lugar.

—Déjese de sarcasmos. ¿Puede ayudarme?

—¿Yo?

—Sí, usted. Le pagaré lo que me pida, lo que me pida.

—¿Y hasta dónde llega eso de lo que le pida?

—Fije un precio —le dijo, obsesionado, como un psicópata ante lo que provocaba su desequilibrio mental.

—Bien, mi precio es el acceso a la cuenta secreta del Banco suizo.

Kolkiev vaciló un poco. Al fin, respirando hondo, puntualizó:

—Pero tendrá que liberar a mi esposa de sus secuestradores. Sin ella estoy perdido, no puedo hacer nada. Además, la cuenta secreta la tiene ella, no yo.

—De acuerdo. Son dos trabajos muy difíciles: evitar que lo

ejecuten y liberar a su esposa. Por cierto, ¿no han hecho todavía ninguna intentona para ejecutarle?

—Pues, pues —tartamudeó— me han enviado un aviso, un diminuto explosivo dentro de un libro.

—¿Un paquete bomba?

—Sí.

—¿Le cogió de lleno?

—Bueno, sólo era una muestra. Dicen que el próximo que reciba será peor, imagino que pondrán una carga suficiente para matarme.

—Pues ya sabe lo que tiene que hacer, Kolkiev.

—¿Qué? —preguntó, buscando la solución rápida a su difícil situación.

—En los próximos tiempos, no lea mucho, es peligroso para su cabeza.

CAPÍTULO VII

Elis abandonaba el aeropuerto de Orly en compañía de tres azafatas más cuando unos cortos claxonazos le obligaron a las cuatro mujeres a volver la cabeza.

Vieron asomarse a un hombre de cabello moreno que les llamó la atención, tanto él como su lujoso cupé «Alpine»

A-310.

—¡Marc!

—¡Elis, vente!

Ella se volvió hacia sus compañeras.

—Lo siento, chicas, me voy con él.

—Yo, en tu lugar, no lo sentiría nada —le replicaron.

—¡Qué suerte! —exclamó otra.

—¿Es piloto? —preguntó la tercera.

Elis subió al automóvil y éste arrancó veloz, abandonando el aeropuerto. Elis lanzó una mirada de reojo al hombre y comentó:

—Creí que no vendrías.

—Me he retrasado un poco.

—¿Por culpa del tráfico?

—Ésa sería la respuesta más fácil, pero no quiero engañarte.

—No voy a preguntar. Mantenemos la táctica de la no injerencia en los asuntos personales. ¿No es eso?

—Algo así. ¿De veras creíste que no vendría?

—Marc, pienso que eres un cínico y un sinvergüenza. Me jugué mi preciosa libertad por llevar tu dinero a Suiza.

—Sí, y ya te di las gracias, pero luego no hubo juegos de cama.

—¿Encima querías eso también?

—Mujer, eso no tiene por qué quedar excluido.

—Te dije que me las pagarías.

—¿Me vas a tener en el dique seco por mucho tiempo? La verdad es que me gustas aquí, en el avión, en Suiza, en todas partes, pero mucho más en la cama.

—Hum... ¿Con cuántas mujeres has ido desde que tuve la debilidad de ceder contigo en Londres?

—A ver, espera que cuente...

—¡Cínico!

—Bueno, lo dejaremos estar.

—Para el coche, mis compañeras vendrán en su cochecito y me recogerán.

—No te comportes como una niña, parece que siempre estás en las nubes.

—Como que soy azafata de vuelo.

—Ah, se me olvidaba, he traído una cosilla para ti.

Le entregó un paquetito que Elis tomó con recelo. Le dio la vuelta y se lo remiró.

—No muerde —dijo Marc.

Ella frunció los labios. Rasgó el paquete y apareció una cajita alargada al abrirlo, le brillaron los ojos.

—Un «Rolex» de oro macizo modelo «Cartier»...

—¿Te gusta?

—Valdrá una fortuna.

—No te preocupes, lo he comprado con los cupones que he recogido y que dan al comprar jabón para la lavadora automática.

—¡Tonto!

Le dio un beso tan fuerte y súbito que le hizo perder el control del coche durante unos preciosos segundos.

Las ruedas rechinaron contra el asfalto y se pudieron oír unos claxonazos de protesta. Al poco, recuperaron la conducción normal.

—Tranquilízate, mujer. ¿Es que quieres llegar a la Morgue con el reloj en la mano?

No mucho más tarde, Elis apoyaba la cabeza contra el pecho masculino y semicerraba los ojos mientras se balanceaba al compás de un slow en una boîte del Barrio Latino.

—¿Marc?

—Hum...

—¿Quién eres en realidad?

—¿No resistes el no hacer preguntas? —susurró él junto a su

oído al tiempo que la estrechaba más contra su cuerpo.

—Me gustas más que la heroína a un toxicómano, pero también te tengo mucho miedo.

—¿Miedo a mí, por qué?

—No sé, haces cosas que están al margen de la ley.

—¿Sacar unos billetes de Inglaterra? Ése no es mi país.

—Sí, creo que será mejor que no haga preguntas —casi runruneo.

—Para mí eres como un oasis de paz, de placer, como una oleada de oxígeno después de pasar por un bosque de pinos con millas y millas de extensión y que entonces tiene un aroma incomparable.

—Comprendo, soy tu descanso del guerrero.

—Elis, la vida que vivimos es muy rápida una vorágine. Quizás mañana esté ya tendido en la Morgue y nadie se va a preocupar de mí. Me harán la autopsia y luego me enterrarán, no sé dónde.

—No digas eso, por favor. Me coge un estremecimiento por la espalda.

—Pues así es. ¿Comprendes que corra hacia ti si me quedan unos minutos libres para poder gozar de la vida?

—¿Quiénes son los que te pueden matar?

Sus miradas se encontraron. En vez de responder, Marc selló su boca con un beso largo, profundo.

—Marc...

—¿Sí?

—Dentro de una hora he de estar en el aeropuerto.

—¿Tan pronto?

—Se me había olvidado decírtelo.

—Algún día te secuestraré para que no vayas a parte alguna.

—Anda, sé bueno y llévame al aeropuerto.

—Te llevará un taxi yo tengo algunas cosas que hacer, ya que tú te vas volando.

—Está bien, tomaré un taxi.

Un taxi justo pasaba libre cuando salieron de la boîte. Elis, después de besarse en la acera, subió a él. Luego, el vehículo de color blanco se puso en marcha.

—Al aeropuerto —pidió ella.

Comenzaba a lloviznar y vio la imagen de Marc distorsionada

por las gotas de agua que mojaban los cristales por su parte exterior.

Se arrellanó en el asiento y semicerró los ojos, pensando en lo que le estaba ocurriendo. Marc le gustaba, sí, ya no cabía ninguna duda, le gustaba y seguiría con él al precio que fuese, aunque el hombre estuviese refunfuñando porque le había negado lo que con tanta facilidad le ofreciera en su primer encuentro.

El taxi se detuvo frente a un semáforo, muy pegado a la acera.

De súbito, sorprendiéndola, un hombre con sombrero y gabardina oscura abrió la portezuela y se introdujo en el coche.

—Eh, ¿qué hace? ¡El taxi está ocupado! —exclamó ella, sorprendida.

—Sí, por nosotros, y será mejor que no hagas tonterías —le advirtió el desconocido, sentándose a su lado.

Inesperadamente, extrajo una pistola y la apuntó con ella. A Elis el arma se le antojó descomunadamente grande y ello era debido a que estaba provista de silenciador.

—¿Es un atraco?

—No, digamos un secuestro. ¿Verdad, Simón?

—Ajá, es un secuestro —asintió el falso taxista que seguía conduciendo y Elis comprendió que no en dirección al aeropuerto.

—¿Quiénes son ustedes, qué quieren de mí? Yo no tengo dinero ni familia rica, no van a sacar nada, nada.

—Nosotros pensamos lo contrario, ¿verdad, Simón?

—Sí, ya lo creo que sacaremos de ella lo que nos importa.

—Por cierto, ¿te has fijado en que es muy bonita? Tiene un atractivo indiscutible.

—Sí, por eso se ha fijado en ella ese granuja de Marc.

—¿Marc, qué tiene que ver Marc con este secuestro? —inquirió fa muchacha, que comenzaba a sentir un desagradable vacío en su estómago.

Toda la felicidad que poco antes sintiera en la boite acababa de esfumarse.

—Marc —rió levemente, como para hacerse más sarcástico e hiriente—. Marc es el que te ha metido en este lío, preciosa. Y si desea volver a verte enterita, tendrá que sacarte con sus propias manos...

CAPÍTULO VIII

El médico puso el pulgar y el Índice sobre los párpados del desgraciado Lino y le cerró los ojos para siempre.

—¿No ha podido hablar nada? —preguntó el comisario Palé.

La respuesta del doctor fue lacónica.

—Nada.

—Lástima, porque aunque le dispararan por la espalda, estoy seguro de que podía habernos dicho algo.

—Tendrán que emplearse a fondo si quieren atrapar a los criminales —rezongó el médico—. Claro que en el área de París los asesinatos por disparos o cuchilladas menudean, desgraciadamente.

—Demasiado —gruñó el comisario.

El médico cubrió con la sábana el cadáver de Lino.

Pese a conocerse el motivo de la muerte, se le haría la autopsia para que el forense la diera certificada al juez correspondiente.

Era raro que el comisario Palé estuviera de buen humor. Siempre tenía problemas de sangre que resolver; cuando uno se solucionaba, invariablemente se presentaba otro.

—A la residencia de Kolkiev —ordenó al agente que se hallaba al volante.

El auto no tardó en arribar a su destino.

Un agente ayudante acompañaba al comisario a todas partes. Juntos subieron al apartamento de Kolkiev.

Una empleada doméstica les observó con recelo, pero el comisario le mostró su identificación.

—Policía. Dígale a *monsieur* Kolkiev que queremos hablar con él.

—¿Ha pasado algo malo?

—Vamos, avísele —ordenó, tajante.

René Kolkiev les miró un poco desconfiado.

—Iba a salir.

—No le entretendremos mucho, *monsieur* Kolkiev. ¿Dónde podemos hablar con tranquilidad?

—Pasen a la salita. ¿Cómo sigue Lino?

—Ha muerto.

—¿Muerto? ¿Ha dicho algo?

—De eso ya hablaremos luego.

Kolkiev abrió una puerta y les mostró una cómoda salita.

—Pasen, por favor —pidió, haciéndose a un lado.

—No se moleste en ofrecernos bebidas, estamos de servicio —le cortó el comisario, el cual observó que la mano de Kolkiev estaba trémula.

—Comprenderá que hay que investigar la muerte de Lino. Ahora ya se trata de un asesinato consumado.

—Sí, claro. Ignoraba que Lino pudiera andar metido en líos con pistoleros, pero nunca se sabe por dónde pueden venir las sorpresas más desagradables —suspiró—. Yo creía que Lino era un hombre de absoluta confianza.

—¿Y quién le ha dicho que no lo fue hasta el último momento?

—Pues, su extraña muerte...

El agente se había quedado de pie, como para poder observar a René Kolkiev desde distintos ángulos.

—¿Puede decirnos dónde está *madame* Kolkiev?

Ante aquella pregunta, el vaso de *whisky* que estaba preparando para sí mismo, cayó sobre el *parquet*, rompiéndose.

Kolkiev miró los trozos de cristal que despedían reflejos, reverberando la luz de la lámpara de pie, y terminó apartándolos con la punta del zapato.

—Llamaré a la doméstica.

—Aguarde, eso puede recogerse luego, nosotros tenemos prisa —le objetó el comisario Palé, un hombre entrado en carnes, con las mejillas algo caídas, lo que hacía que algunos niños de su barrio le llamaran «el comisario bulldog». El lo sabía porque lo había oído entre cuchicheos, pero no le daba mayor importancia. Incluso en alguna ocasión había simulado un par de broncos ladridos que conseguían asustar a los pequeños, que echaban a correr.

—Mi... mi esposa está de viaje.

—¿Forzoso? —inquirió el comisario.

—Bueno, ¿qué tiene que ver el viaje de mi esposa con la muerte de Lino?

—Se lo explicaré de otra forma, *monsieur* Kolkiev. Si usted encubre de una forma u otra a los asesinos de Lino, se convertirá en cómplice de ellos y como tarde o temprano caerán en las redes de la Justicia, usted podría verse involucrado hasta tal punto que le sería muy desagradable conocer la cárcel.

—¿La cárcel, qué dice?

—Si los asesinos de Lino están con su esposa...

Kolkiev aspiró hondo y luego se dejó caer en una butaca. Inclino la cabeza y la sujetó entre sus manos.

—Está bien, no puedo más, mi mujer ha sido secuestrada.

—Es lo que suponíamos —reveló el comisario, sin la más mínima emoción—. ¿Quiénes son sus secuestradores?

—No lo sé, no lo sé. Estoy viviendo una pesadilla.

—¿Qué mensajes le han enviado?

—Ninguno, sólo se han comunicado conmigo por teléfono.

—¿Qué acento tenían?

—No sé, normales, yo estaba muy nervioso.

—¿Cuánto le piden?

—Cincuenta millones.

Los dos policías silbaron admirativos, simultánea y espontáneamente.

—Eso es mucho dinero.

—Como que no lo tengo. En realidad, la que tiene el dinero es ella.

—¿Se refiere a su esposa?

—Sí. Yo sólo tengo una pequeña cuenta corriente, nada importante.

—¿Y a cuánto asciende?

—¿Es importante eso?

—Todo es importante, en estos momentos.

—Verá, comisario, no quiero que intervengan. Han amenazado con asesinarla si la policía entra en acción.

—Siempre lo dicen para asustar más a sus víctimas —le observó el agente-ayudante que seguía en pie.

—Sí, ya lo sé, pero también muchos secuestrados aparecen luego muertos y la vida ya no hay quien se la devuelva.

—*Monsieur* Kolkiev, encontraremos a su esposa si nos proporciona todos los datos, por supuesto, operaremos muy discretamente.

—No, no quiero la colaboración de la policía, no quiero. Este asunto lo llevaré yo personalmente. Si hay que pagar, pagaré, pero quiero a mi esposa viva. ¿Lo entiende? Viva.

—Cometerá una torpeza si paga a los secuestradores.

—Y si no pago, la matarán.

—Puede que la maten lo mismo —le objetó el comisario Palé.

—Pero yo habré hecho todo lo necesario para impedirlo. De todos modos, si quieren cobrar, deberán mantenerla viva porque ella es la que tiene el dinero.

—Ésa es una buena baza en este juego mortal —opinó el comisario.

—Una baza que yo jugaré y con la cual pienso salvar la vida de Agnes. Ustedes busquen a los asesinos de Lino, pero no intervengan en el secuestro de mi esposa.

—La ley no se puede detener, *monsieur* Kolkiev. Es muy posible que la muerte de Lino esté unida al secuestro de su esposa.

—Si la matan, si ella muere por alguna torpeza de ustedes, llevaré el asunto a los tribunales.

—Comprendemos su susto, *monsieur* Kolkiev, pero no puede ponerse en contra de la ley.

—Contestaré todo lo que yo pueda saber relativo a Lino y a su desgraciado asesinato, pero respecto a mi esposa, no voy a tolerar que se faciliten las cosas para que sea eliminada.

—Nosotros tenemos que actuar, le guste a usted o no —le puntualizó el comisario Palé.

—Hagan lo que quieran, pero no cuenten con mi colaboración. ¿Tiene algo más que preguntar sobre la muerte de mi chofer?

—Sí, claro que sí. ¿Iba con su esposa cuando fue secuestrada?

—Lo ignoro.

—¿El automóvil está en orden?

—Sí.

—¿Falta algo más en su casa?

—Pues no sé. Ah, sí, el perro.

—¿Un perro?

—Eso es.

—¿De qué raza?

—Un cocker spaniel rojo. Agnes no puede vivir sin él, pero sólo Dios sabe donde estará ahora ese animal.

—¿Qué más puede decirnos?

—Nada más.

—¿Seguro que no nos avisará si los secuestradores le llaman?

—No, no quiero que intervengan. ¿Está claro?

—Vámonos —dijo el comisario Palé a su ayudante.

Ya en la escalera, el agente comentó:

—No colaborará.

—Era de esperar. Hay tipos como él que prefieren pagar y los criminales se salen con la suya, pero montaremos un cerco discreto en torno a Kolkiev. No podemos olvidar que los secuestradores de *madame* Kolkiev son los asesinos del chófer.

—Sí, eso nos da derecho a actuar, comisario. Cincuenta millones son una bonita cifra.

—Habrà que avisar a los jefazos para que se pongan en contacto con los de asuntos exteriores.

—¿Tan grave es, comisario?

—Sí. *Madame* Kolkiev, de soltera Agnes Garrós, hereda de su hermano André Garrós.

—¿André Garrós, el que murió en la acción terrorista no reivindicada?

—Exactamente, y en cuya mansión, además de morir André Garrós, una mujer y otros dos hombres europeos, había un jeque árabe el hermano del emir de una pequeña nación que suda petróleo a mares cada segundo.

—Sí, sé muy bien que hubo mucho ruido en la prensa por la muerte en acción terrorista del jeque Haenik, pero se dijo que él murió por casualidad al hallarse de visita en la mansión Garrós.

—Sí, eso se dijo, pero creo que hay más, mucho más. Este asunto parecía haber quedado medio claro pese a ignorarse quiénes fueron los terroristas que pusieron los explosivos en la mansión Garrós, pero ahora vuelve a verse todo muy oscuro. No me extrañaría nada que el secuestro de *madame* Kolkiev fuera la prolongación del asesinato de André Garrós y del jeque árabe.

—Un asunto gordo, ¿eh, comisario?

—Sí, muy gordo. Tendremos que caminar con pies de plomo,

esto puede tener peligrosísimas ramificaciones internacionales. Si metemos la pata y algo sale mal, podemos terminar dirigiendo el tráfico en algún pueblecito de Córcega.

—En cambio, si sale bien, quién sabe, a lo mejor se convierte en el ayudante especial del ministro del interior.

El comisario Palé miró a su ayudante. Estaban ya en la calle y no supo si reírse o protestar.

Optó por lo más fácil y ridículo a la vez: soltar un par de ladridos que dejaron confuso al agente.

En aquellos momentos, pasaban unos niños que se le quedaron mirando asombrados.

El comisario Palé se volvió hacia ellos y repitió sus ladridos. Los niños, muy pequeños, echaron a correr.

—Comisario... Ejem, ¿se encuentra usted bien?

CAPÍTULO IX

Elis se había habituado ya a llevar la venda negra que ocultaba sus ojos y a los algodones que taponaban sus oídos.

El coche rodó durante más de una hora, al fin, se detuvo y pese a los algodones, pudo oír el chirrido de una verja.

El coche reanudó su marcha. Luego, se volvió a detenerse y Elis se sintió cogida por el brazo.

—¿Puedo quitarme la venda? —preguntó.

—No. Si lo haces, tendré que hacerte pupa y será una pena estropear una obra maestra de la naturaleza.

Tropezó al salir del coche. Su cabeza golpeó algo alto y luego se la llevaron por entre objetos caídos. Olía a goma, posiblemente de ruedas.

—Cuidado, hay unas escaleras.

Elis tanteó con los pies y al fin subió. Tenía buen equilibrio.

Entraron en una estancia que ya sin los algodones que le habían quitado al salir del coche y juzgando siempre por el oído, le pareció de grandes dimensiones.

—Cuidado, escaleras —volvieron a advertirle.

La acercaron a una baranda con pasamanos metálico al que ella se cogió.

Ya en lo alto, escuchó los ladridos de un perro, ladridos que debían de ser de un animal pequeño.

La detuvieron. Supuso que se hallaba frente a una puerta, porque oyó el ruido de una llave al girar y luego unos goznes abriéndose.

—Adentro.

Casi fue empujada y entonces le dijeron:

—Quítate la venda, ahora puedes ver.

Creyó que quedaría cegada por la luz, más la bombilla que pendía del techo era tan pobre que no se cegó.

De inmediato pudo ver una estancia amplia, una cama, un sofá, un perrito coker spaniel y a una mujer tumbada sobre la cama que la miraba interrogante.

Aquella mujer tenía el rostro demacrado y las ropas arrugadas.

—¿Quiénes son, qué hago aquí? —preguntó Elis, alzando la voz.

Al volverse hacia el hombre que la había secuestrado, se encontró de súbito con dos sonoras y violentas bofetadas que la hicieron trastabillar.

—No quiero voces —le advirtió—. Afuera hay otros como yo y si hace falta un látigo, entraremos con él. La ventana está tapiada con ladrillos, no hay escapatoria y aquí se hará lo que yo mande.

El perrito seguía ladrando. Estaba sujeto al sofá por una cadena con un candado que ni su ama podía abrir.

—¿Qué, *madame*, se decide a firmar el cheque?

—No —dijo sin fuerza, con el miedo en los ojos.

Elis miró a aquella mujer, mucho más abatida que ella.

—Está bien. Puede comenzar a desnudarse.

—¡Jamás!

—¿Prefiere que la desnudemos nosotros?

—Pueden matarme si quieren.

—Eso nunca, *madame*. Usted es una gallina que puede poner huevos de oro, así es que va a firmar cheques. Sabemos lo saneado de su cuenta corriente.

—Aunque los firmara, no podrían cobrarlos.

—Extenderá un cheque al portador. Sabemos que un cheque de baja cantidad lo pagarían sin darle importancia, pero usted va a colocar dos millones de francos.

—Eso jamás se lo pagarán sin mi expresa conformidad.

—Usted conformará ese cheque, lo ingresaremos en una cuenta corriente y luego ya lo vaciaremos.

—¿Eso quiere decir que me retendrán aquí mucho tiempo?

—El que haga falta, *madame*. Ah, y su compañera puede encargarse de cobrar los cheques.

—¿Y o?

—Sí, y no creas que vas a poder escapar, tenemos unos medios muy sofisticados para que no escapes. Y a usted, *madame*, le

prevengo que es mejor que se porte bien. Afuera hace mucho frío, y ser regada en el jardín con una manguera parece algo de risa, pero es terrible, se lo aseguro. Si la encuentran muerta, será de pulmonía.

—¡No se atreverán!

—¿No? Tiene media hora para pensárselo, hay muchas formas para convencerla y no se crean más listas de lo que son. El cuerpo es débil y hay muchos medios para provocar dolores insufribles.

—Pero yo, yo, ¿qué tengo que ver con todo esto? —preguntó Elis. Ya fuera de sí, añadió—: Tengo que tomar el avión, soy azafata, en la compañía me harán un expediente.

—¿Un expediente? —El secuestrador se rió de ella—. ¿Qué importa un expediente cuando está en juego la vida?

El secuestrador cerró la puerta y las dos mujeres se quedaron encerradas, con el pequeño perrito que dejó de ladrar cuando el hombre se alejó.

Elis se acercó a la ventana, efectivamente tapiada con ladrillos, y la golpeó con los puños.

Se dirigió luego hacia la puerta y fueron inútiles los tirones que le dio. Descubrió otra puerta, fue hacia ella y vio un antiguo cuarto de aseo que no tenía ventana, sólo un respiradero en una pared.

—¿Esto no tiene escapatoria?

—Es inútil —rezongó la mujer que estaba en la cama.

—¿Inútil?

—Sí, inútil, no vas a engañarme.

—¿Engañarla?

—Sí, sé que eres una de ellos.

—¿Yo? ¿Está loca?

—No, no estoy loca y no vas a liarme. Eres una de ellos, una furcia, no me has engañado aunque te hayas dejado dar dos bofetadas.

—Pero ¿qué dice? —barbotó, nerviosa.

—Estoy agotada, no sé desde cuándo me tienen encerrada aquí, si tuviera fuerzas me levantaría y para sacarte los ojos.

Elis miró intensamente a aquella mujer desesperada y comprendió que no bromeaba, que sentía lo que decía. Sería inútil tratar de convencerla de que ella nada tenía que ver con los secuestradores, que también era su víctima.

CAPÍTULO X

La mujer miró a Marc de arriba abajo, sus ojos lo calibraban, lo medían en tres dimensiones.

—¿Me da el aprobado? —preguntó él.

—Eres un ejemplar magnífico.

—Gracias.

La mujer vestía una larga bata semitransparente. Debía de ser mayor de lo que su rostro y su figura reflejaban, no podía decirse que fuera fea, resultaba atractiva, aunque no era belleza sino sexualidad lo que emanaba de ella.

Marc estaba seguro de que aquella mujer debía de conocer la mayoría de los juegos eróticos. Si deseaba complacer a un hombre, seguro que habría de conseguirlo.

—Si luego tienes una hora para relajarte, te aseguro que te dejaré como nuevo, con la mente más lúcida que hayas tenido jamás.

—De eso estoy seguro.

—Y no te iba a costar ni un franco.

—¿Para mí gratis? —preguntó, burlón.

Ella se miró la mano izquierda de la que se sacó un anillo que llevaba en el dedo corazón, un anillo en el que había engarzado un brillante rodeado de pequeños rubíes. Se lo mostró y dijo:

—Para ti.

—¿Me lo das? —inquirió Marc, sonriente, sin dejarse arrastrar por la codicia.

—Si te lo ganas, sí.

—¿Cómo?

—Tengo otro anillo especial, muy especial, para la extremidad que más me interesa de ti.

—¿Supones que mi dedo veintiuno es algo extraordinario?

—Estoy segura. Creo que aquí, a mi lado, tú ganarías lo que quisieras, te trataría como a un rey.

—¿Y tú serías la reina exclusiva?

—No, no soy tan tonta, ni tan ingenua. Eso sí, pondría el anillo en tu dedo veintiuno tantas veces como me apeteciera, pero... Digamos que en esta casa hay verdaderas bellezas y muy jóvenes y seleccionadas. En este gallinero, tú serías el gallo, tendrías dónde elegir.

—Me estás haciendo proposiciones deshonestas, voy a tener que denunciarte a la gendarmería.

—Uy, qué miedo. Si ves al comisario Palé, lo saludas de mi parte.

—¿Es cliente de la casa?

—Aquí tenemos una amplia gama de clientes.

—Bien, bien, lo tendré en cuenta. Y ahora, ¿dónde está Luc?

—Sígueme —le pidió, cogiéndole de la mano.

—¿Tienes miedo de que me pierda?

Se escucharon risas y aparecieron dos mujeres muy jóvenes, una era morena y la otra muy rubia, ambas con abundantísima cabellera, aunque a Marc le pareció que ambas utilizaban peluca.

Sus rostros estaban pintados con motivos que las hacían sensuales.

Las dos se quedaron mirando a Marc muy interesadas.

—Nenas, un momentito.

—Sí, *madame* —dijeron al unísono, como si hubieran estado ensayando un rato antes.

—¿Verdad que este tipo es extraordinario?

Ambas sonrieron. La rubita objetó:

—Tendríamos que verlo desnudo.

—Yo podría calibrarlo a besos y luego daría mi opinión.

—Todo llegará, guapitas, pero ahora abrid vuestras batas para que él se convenza de que en esta casa sólo hay calidad.

Ninguna de las dos se hizo de rogar, se abrieron las batas y mostraron sus cuerpos desnudos. Marc hizo un gesto de aprobación.

—No hay duda de que estáis muy apetecibles.

—Vamos, ya os podéis largar.

Las dos se marcharon, riendo. Luego, algo más lejos,

cuchichearon y volvieron a reír.

La *madame* llamó a una puerta con los nudillos y luego la abrió.

Marc se encontró frente a una amplísima habitación en la que había una bañera redonda en la que dos chicas jugaban en medio de una gran cantidad de espuma.

Luc Donovan, sudando dentro de un chandal amarillo, estaba levantando pesos.

—¿Practicando la halterofilia? —rezongó Marc.

—Sí, me gusta más que la sauna —respondió Luc Donovan tras expulsar el aire de sus pulmones, del que debía de haber consumido ya todo el oxígeno.

—Éste es un magnífico lugar para rebajar grasas, lástima que no se pueda recomendar a todo el mundo.

Luc Donovan sonrió con sus dientes perfectamente alineados, dientes artificiales salidos de las manos de un magnífico profesional trabajando la porcelana dentaria.

—Largaos —pidió a las chicas.

—No lo diga así, Luc. Van a pensar que usted y yo tenemos algo feo que hacer, y la verdad, yo no...

—Si quieren, puedo quedarme yo de testigo —propuso la *madame*.

—A mí no me importa —dijo Marc.

—A mí tampoco. Si esta bruja abre la boca, sabe que la degüello.

Las dos chicas salieron chorreando espuma. La *madame* cerró la puerta y se acomodó en una butaca.

Luc Donovan se fue al otro lado de la estancia y abrió los grifos de la bañera, produciendo mucho ruido al tiempo que conectaba el hilo musical a la máxima potencia.

—Se van a quejar —advirtió la *madame*.

—Que se jo... —replicó Luc Donovan. Después, seguro ya de que ni la propia *madame* que permanecía en la habitación iba a oírle, le preguntó a Marc—: ¿Qué es lo que quiere, no ha cobrado lo que pidió?

—La primera parte —puntualizó Marc.

—No vendrá a pedir el resto sin haber terminado el trabajo, ¿verdad?

—No soy tan estúpido.

—¿Entonces?

—¿Qué está tramando?

—¿Yo?

—Sí, me está utilizando como hombre de paja.

—¿De paja? No diga tonterías, ¿cree que le pagaríamos tanto? Usted es el mejor profesional para estos asuntos difíciles, los jeques le pagan para que averigüe lo que le hemos pedido.

—¿Y quiénes han secuestrado a *madame* Kolkiev?

—¿Secuestrado a *madame* Kolkiev? No sé de qué me habla.

—A mí me da la impresión de que sí lo sabe.

—Pues se equivoca.

—¿Esos hombres de las fotografías que le entregué a Kolkiev no han secuestrado a *madame* Kolkiev?

—No.

—Oiga, Luc si me engaña, esto se va a poner muy, pero que muy feo.

—¿Me amenaza?

—Yo estoy averiguando algunas cosillas, pero otra cosa es acabar siendo cómplice de un secuestro y de alguna que otra muerte.

—¿Tiene miedo de que le atrape la policía?

—No me gustaría dar con mis huesos en la cárcel, para pagar lo que hacen otros y parece que esa situación no es nueva. En demasiadas ocasiones, sólo los tontos van a la cárcel.

—¿Y usted se considera tonto?

—No; por eso estoy hablando con usted.

—No le hemos involucrado en ningún secuestro y ahora me dirá lo que le ha ocurrido a *madame* Kolkiev, porque si está secuestrada, la policía meterá las narices en este asunto que ya tiene demasiadas connotaciones internacionales y se está haciendo peligroso, muy peligroso. El gobierno francés no va a tolerar *vendettas* internacionales.

—La policía no puede permanecer al margen de todo este asunto, han habido demasiados muertos, sólo faltaba un secuestro.

Luc Donovan insistió:

—Del que yo no sabía nada.

—Bien, si atrapo a uno de los secuestradores, le aseguro que hablara, y si usted tiene sus zarpas metidas en este asunto...

—¿Qué?

—La respuesta se la daré al final.

—Está bien, Marc, haga lo que quiera, pero los árabes piden resultados y pronto, para eso pagan, y si no tiene nada más que añadir me voy. Tengo que coger el avión dentro de una hora.

Luc Donovan abandonó la habitación.

Cuando lo hubo hecho, la *madame* cerró la puerta, puso el cerrojo y se quitó la bata.

Marc opinó que no estaba mal, pero que nada mal.

CAPÍTULO XI

Madame Kolkiev se había desmoralizado.

Elis no había conseguido ganar su confianza pese a que se hallaba en la misma situación.

—Empezaremos con el perro —silabeó el secuestrador, desnudando la larga y afilada hoja de una navaja. Se acercó al cocker spaniel que le ladró, furioso.

—¡No, no lo mate!

—Esto sólo será el principio, *madame* —le advirtió el secuestrador.

Elis miró a uno y a otro, luego al perro. Ella nada podía hacer, la habían esposado a uno de los barrotes de la cama.

—A lo peor satisface su libido asesinando a un perro.

—¿Qué ha dicho? —Gruñó el secuestrador mirando a Elis que acababa de hablar.

—Es muy lista, o por lo menos se lo cree —rezongó el otro individuo junto a la puerta.

—*Madame*, esto es sólo el principio, se lo he dicho. Si firma lo que le pedimos, se salvará.

—Está bien, traiga el talonario.

—Muy bien, pero no cometa ninguna estupidez, porque mato al perro y luego se lo hago comer a pedacitos.

Elis pensó que aquel sujeto era capaz de cumplir lo que decía.

—Tenga, un bolígrafo y el talonario.

Madame Kolkiev se puso cómoda en la mesita de noche y se dispuso a rellenar el talón.

—¿Cuánto he de poner?

—Dos millones.

—No lo pagarán.

—Vamos, escriba.

Madame Kolkiev rellenoó el talón bancario.

Dejó caer el bolígrafo y arrancó con destreza el cheque, como quien está acostumbrada a hacerlo. Después rompió el resto del talonario.

—¿Qué ha hecho? —preguntó el tipo de la puerta.

—He llenado un cheque por dos millones.

—Pero ha roto el resto... —dijo el de la navaja.

—No me sacarán ni un franco más, dos millones es suficiente.

Aquel desalmado tomó el talón, lo revisó, y luego, con una rapidez que sorprendió a *madame Kolkiev*, movió su mano armada y le produjo un largo corte en la mejilla que la hizo chillar.

Al llevarse la mano a la cara, la sacó llena de sangre.

—Es usted una estúpida, *madame*. Si cree que todo es una broma, se equivoca, esto va en serio...

—¡Son unos canallas y lo pagarán! —gritó Elis.

El secuestrador de la navaja se aproximó al perro y le propinó tal patada que el animal salió volando hasta donde la cadena a la que estaba sujeto permitió. Después, cayó pesadamente al suelo y se quedó gimiendo.

—No me gusta cómo ladra.

Madame Kolkiev rompió en sollozos. La sangre la asustaba, y nadie se preocupaba de curarla. Elis quiso acercarse, pero uno de los secuestradores le ordenó:

—No la toques. No conviene que te manches de sangre. Vas a salir ahora mismo de aquí.

—¿Ahora? —preguntó atisbando un destello de esperanza en la difícil situación.

—Tú vas a cobrar ese talón. Si Kolkiev da el chivatazo a la Policía, será a ti a quien atrapen.

—Dos millones es mucho dinero, no me lo darán.

—Te darán cuatro mil billetes de quinientos francos.

Elis abandonó la casa con los ojos vendados. Se dejó llevar sin problemas; ahora sabía dónde iba y en cierto modo la tranquilizaba.

Hay que taparte los oídos, para que no oigas ruiditos que te sirvan de identificación.

Iban sólo dos, un tercer individuo se quedó en la casa.

Elis ignoraba si el automóvil en que la llevaban era el falso taxi

que emplearon para secuestrarla. Aquellos tipos eran unos vulgares indeseables que secuestraban por dinero y estaban muy dubitativos respecto a la forma de llevar la operación.

No parecían tener un plan preconcebido, trabajaban sobre la marcha y Elis deseó que cometieran una torpeza.

Viajaron en coche más de una hora.

Al fin, el coche se detuvo y le fue quitada la venda y los algodones de los oídos.

—Te has portado bien.

La joven miró hacia el exterior y observó que se hallaban en un callejón por el que no transitaba nadie.

—¿Y ahora qué?

—Te vas a llevar una bolsa de deporte y el cheque. Entrarás en el Banco frente al que nos detengamos. Cobrarás el cheque. Metes el dinero en la bolsa y sales despacito sin llamar la atención. Caminarás por la acera en dirección a la circulación hasta que nos pongamos a tu altura. Daremos un bocinazo, abriremos la portezuela, entrarás y ahí acaba todo.

—¿Y si no me pagan?

—Te pagarán, a lo sumo, te dirán que esperes un poco. Ellos llamarán a Kolkiev para la confirmación. El confirmará por teléfono la validez del cheque, pues si no lo hace, mataremos a su mujer.

—¿Y si a pesar de todo, no quieren pagar tanto dinero y dicen que vuelva mañana?

—Te pagarán y cuidadito con lo que haces. Te estaremos vigilando de cerca... Si te liquidamos a ti cerraremos una boca y además a tu amiguito.

Elis se quedó mirando fijamente a aquel indeseable que le daba órdenes junto con amenazas para que tuviera cuidado de obedecer las instrucciones sin un fallo.

—¿Vamos? —preguntó el que hacía de chófer.

—Sí, vamos —dijo el otro.

El automóvil, el falso taxi blanco en el que la joven se introdujera como un ratón en una trampa, se acercó a la acera y se detuvo ante la banca nacional.

—Ya lo sabes, al salir camina en esa dirección, es decir, la del coche.

Elis tomó la bolsa y el cheque. Se apeaba ya cuando fue retenida

por la mano y le dijeron:

—Si nos traicionas, tú pagarás, te estaremos vigilando. Y a ella la mataremos. ¿Comprendido?

—Sí.

Elis entró en el establecimiento bancario. Había bastante gente en aquellos momentos.

Elis miraba disimuladamente alrededor. Temía que hubiese otro de los delincuentes camuflado allí entre el público, para vigilarla allí de cerca, pero ella no sabía quién era, no le conocía.

Con cierto nerviosismo, entregó el cheque a un empleado que lo tomó entre sus dedos con diligencia.

Al leer la cifra, parpadeó. Luego miró a Elis y volvió a examinar el cheque. Bajando la voz, preguntó:

—¿Quiere llevarse este dinero ahora en sus manos?

—Sí.

—¿Tanto dinero?

—Sí.

El hombre se rascó la oreja.

—Tendrá que esperar un poco. Cuando la cantidad es tan alta, la gestión la llevan los jefes personalmente.

—Bueno, esperaré.

Se alejó hacia el centro del local donde había una mesa con impresos y revistas de economía.

Un bolígrafo de mala calidad, entre las montañitas de impresos, le llamó la atención.

Alargó la mano con cuidado, al tiempo que observaba alrededor, buscando a alguien que pudiera estar vigilándola.

Descubrió a un anciano que la miraba. Elis lo observó con fijeza, recordando la facilidad con que Marc se había transformado en un viejecito en Suiza.

El viejo la saludó con una amplia sonrisa, se ajustó el sombrero y se alejó hacia la salida. La muchacha suspiró de alivio.

Siempre vigilando y como quien no hace nada, sin preocuparle la letra que hacía, comenzó a escribir en el espacio blanco de un impreso. Lo hizo lentamente, evitando ser descubierta.

Al fin, consiguió escribir lo que quería. Dobló el impreso y regresó al mostrador, donde poco antes entregara el talón firmado por *madame* Kolkiev.

Protegió el impreso con su cuerpo.

—Por favor...

El empleado la miró forzando una sonrisa.

—Un momento, *mademoiselle*. Lo están preparando.

—Venga, por favor.

El empleado se le acercó y Elis le alargó el impreso sin dejar de mirarle a los ojos.

—Tome el impreso con mucho cuidado. No lo lea delante de mí. Es muy importante, corro peligro.

El hombre la miró, entre interrogante y asustado, quizá temía un atraco...

Elis le dio la espalda y regresó al banco donde se sentará antes, sin preocuparse ya de escribir.

El empleado fue a su mesa. Una vez allí, desdobló el impreso y leyó lo que Elis escribiera:

«AVISE A LA POLICIA, *MADAME* KOLKIEV ESTA SECUESTRADA. ME ESTAN OBLIGANDO A COBRAR EL CHEQUE, YO TAMBIEN ESTOY SECUESTRADA. CORRO PELIGRO».

Al enterarse del contenido de la nota, al empleado se le abrieron unos ojos como platos detrás de las gafas. Lanzó una mirada a Elis que seguía sentada y se preguntó si era una demente o decía la verdad.

De todos modos, optó por ir a ver a sus superiores.

Pasaron los minutos...

Al fin, apareció otro hombre bien trajeado, calvo y con aspecto de jefe de banca. Miró a Elis y le hizo una seña, invitándola a acercarse.

Elis se aproximó, tratando de controlar su nerviosismo.

—Tranquílícese —le dijo el hombre—. Soy policía.

La muchacha suspiró.

—Menos mal.

—¿Dónde están los delincuentes?

—No lo sé, estoy vigilada.

—¿Qué tiene que hacer con el dinero?

—Salir a la calle y caminar junto a la acera. Un coche pasará junto a mí y me recogerá.

—¿Qué clase de coche?

—Lo ignoro. Yo he venido en un taxi blanco que llevaban dos secuestradores.

—¿Sabe dónde está secuestrada *madame* Kolkiev?

—No, me han llevado y traído con los ojos cerrados. Yo soy británica, azafata de la British Air Line. Avisen a mi compañía, por favor, ayer no pude tomar el vuelo de regreso a Londres.

—¿Su nombre?

—Elisabeth Morgan.

—Bien, haga todo lo que le han pedido. Pase por caja y allí le pagarán.

El policía camuflado rellenó una hojita y se la entregó, al tiempo que con la mano le mostraba la caja.

Elis fue hacia la caja y se puso en cola.

Cuando le tocó, el cajero, con toda naturalidad, fue amontonando fajos de billetes que estuvo contando.

Elis comprendió que le pagaban, pero algo haría la policía para evitar que aquellos dos millones de francos se esfumaran.

La operación se hizo lenta; los que se hallaban en la cola comenzaron a impacientarse y los desviaron a otra ventanilla, mientras los fajos se acumulaban...

Al fin, con los nervios de punta, Elis pudo oír de labios del cajero:

—Puede recoger el dinero, *mademoiselle*.

Elis metió los fajos en la bolsa plástica que le habían entregado. Cerró la cremallera y mirando en derredor con disimulo, se dirigió a la salida.

Todo estaba tan normal que no parecía que sucediera nada, absolutamente nada.

Los clientes entraban y salían continuamente.

El camino hasta la puerta se le antojó eterno, pero al fin descendió la escalinata que conducía a la calle. Miró a un lado y a otro; la circulación era normal.

Se acercó despacio al bordillo y sorteando los árboles anduvo en la misma dirección del tráfico.

Cada paso que daba, era una eternidad.

La bolsa repleta de dinero colgaba de su mano. Jamás había llevado tantos billetes encima, nada menos que dos millones de francos franceses, más de doscientas mil libras esterlinas al cambio.

Elis era consciente de que podían arrebatarse la bolsa y darle un tiro concluyendo el trabajo.

Los coches pasaban por su lado y el rumor fue aumentando psicológicamente hasta resultarle inaguantable.

Un coche pasó junto a ella. Medio cuerpo asomó por una ventanilla, y una mano fuerte le cogió el bolso.

Elis sintió un ahogo y no opuso resistencia a que se llevaran la bolsa con el dinero.

El coche aceleró, pero inmediatamente tres coches que parecían normales lo rodearon impidiéndole continuar y obligándole a ir contra un árbol mientras varios policías saltaban armados con metralletas.

Tres hombres salieron del coche con las manos en alto al verse rodeados por las metralletas mientras el tráfico se paralizaba y se escuchaban sirenas policiales que se acercaban a toda velocidad.

Elis se apoyó contra un árbol y sintió unas profundas náuseas al tiempo que sollozaba.

Una mano amistosa se posó en su hombro, y un hombre le dijo:
—Tranquílcese... Soy el comisario Palé.

CAPÍTULO XII

La compañía aérea había concedido diez días de permiso a Elis para que se recuperara, después de tener conocimiento de lo ocurrido por una nota cursada por el Ministerio del Interior francés.

Elis tenía pensado marchar a Manchester donde vivían sus padres, pero una llamada telefónica la hizo cambiar de opinión.

—Elis...

—¡Marc!

—Pasaré con mi coche por delante de tu hotel dentro de cinco minutos. Sólo me detendré para que subas, ¿de acuerdo?

—Pero, Marc...

—Un beso telefónico, Elis. Luego serán más naturales, más salvajes. ¿De acuerdo?

Ella sonrió como si él la estuviera viendo.

—De acuerdo.

No tuvo que esperar. El coche de Marc apareció frente al hotel, ella subió al deportivo Alpine y éste arrancó.

—¿Has pasado el Canal con el coche?

—Sí, tenía que verte.

—No temas, a la Policía no le he hablado de ti.

—Gracias, me hubieras complicado un poco la vida.

—Marc...

—¿Sí?

—¿Qué tienes que ver tú con los secuestradores?

—Trato de descubrir quiénes son.

—¿Por qué?

—Hay quien paga para que lo consiga.

—¿*Monsieur* Kolkiev?

—El es uno de ellos, pero te diré la verdad, trabajo para varios

al mismo tiempo, así cobro más.

—¿El dinero que llevaste a Suiza era un pago de esa clase?

—Sí.

—Y cuando los descubras, ¿qué harás?

—Entregarlos a la Policía.

—¿Palabra?

—Palabra de honor.

Elis se quedó como si le quitaran un peso de encima; suspiró y se arrellanó en el asiento.

—¿Adónde me llevas?

—A un lugar tranquilo.

—Gracias, creo que me lo merezco.

—Sí, yo también. Ahora cuéntame todo lo que te ha ocurrido.

—Me secuestraron.

—Eso ya lo dijiste por teléfono.

—Cuando traté de cobrar el cheque en el Banco, avisé a la policía. Fue sorprendente e inesperado. Cuando caminaba por la calle, me arrebataron la bolsa con el dinero, fue el típico jalonazo. Es posible que los ladrones me vieran meter tantos billetes en la bolsa y pensaran que era una presa propicia sin sospechar que iba a estar vigilada de cerca por la Policía.

—¿Qué pasó?

—Los detuvieron, pero, por lo visto, no eran los secuestradores, sino unos vulgares ladrones que se entrometieron sin saber lo que hacían. Supongo que quedaron muy sorprendidos al verse rodeados de tantas metralletas, y luego sometidos a terribles interrogatorios.

—¿Reconociste a alguno?

—No, no eran ellos. El comisario Palé les ha cogido odio por inmiscuirse en el asunto, haciendo volar a los secuestradores que trataban de vaciar la cuenta de *madame* Kolkiev.

—Esos pajarracos se van a lamentar de haberte robado la bolsa. Lo malo es que ahora los secuestradores saben que tú avisaste a la Policía.

—Por eso me recomendaron que regresara pronto a Londres y dejara París, allí están ellos con la secuestrada.

—Ha sido curioso. El comisario se dará a todos los demonios por haber atrapado a unos ladrones vulgares y no a los secuestradores de *madame* Kolkiev.

—Así es, está de un mal humor visible.

—Y ahora, tú corres el riesgo de que se venguen en ti.

—Sí, eso me temo. ¿Quiénes son. Marc?

—Palabra que no lo sé —respondió mientras conducía, saliendo de la city.

—¿Y tú, qué has conseguido averiguar?

—Por ahora, poca cosa. Tengo algunos hilos, pero los nudos no van bien, hay que buscar más pistas.

—Si la Policía, en vez de aprehender a vulgares ladrones, hubiera atrapado a los secuestradores, ahora todo estaría solucionado.

—La suerte no siempre favorece a la ley.

—Lo malo es que ahora me siento culpable.

—¿De qué?

—De lo que pueda sucederle a *madame* Kolkiev.

—Quítate esa idea de la cabeza. Pase lo que pase, no eres culpable de nada, absolutamente de nada. Tenías que avisar a la Policía, has arriesgado tu vida, te has comportado con gran valor. No salió bien, qué le vamos a hacer. Ahora, tú tendrías que desaparecer para que los secuestradores no trataran de eliminarte.

—¿Y *madame* Kolkiev?

—Ese asunto es más grave de lo que imaginas.

—¿Por qué?

—No puedo decirte más por ahora.

—Pero, tú sabes algo más, ¿verdad?

—No creas que demasiado. Es un asunto muy complicado, imagínate una *vendetta* internacional.

—¿*Vendetta* internacional?

—Si.

—¿Por qué?

—Si al final estoy vivo, te lo contaré.

—¿Por qué no ahora?

—No debo.

—¿Por qué?

—Sabrías demasiado y sería peligroso para ti, tanto como si te fumaras un cartucho de dinamita.

—Está bien, no haré más preguntas.

—Eso, sé buena chica.

—¿Buena chica y me has metido ya en más líos de los que mi corazón puede soportar?

—¿No buscabas emociones al convertirte en azafata de vuelo?

—Las emociones de volar son ridículas comparadas con las que estoy sufriendo desde que te conozco a ti.

—¿Todas han sido sufrimientos? —rezongó él.

Ella le miró, esbozó un mohín con sus carnosos labios y recostó la cabeza contra su hombro.

—Todas no —confesó.

—Menos mal, creí que comenzaba a perder facultades.

—Engreído... Hum, qué anillo llevas.

El miró la joya, un hermoso brillante y rubíes engarzados alrededor.

—Sí, es bonito.

—¿Un regalo?

—¿Por qué lo preguntas?

—No sé, es un anillo ostentoso, no creo que tú compres esa clase de anillos.

—Tienes razón.

—Tú solo compras «Rolex» femeninos de oro para las chicas que amas, ¿no es verdad?

—No, no lo es. Sólo uno para una mujer que amo.

—¿De veras me amas?

—Sí.

—Aunque me digas que me amas, no dejo de pensar que eres un sinvergüenza.

—Posiblemente no te equivoques.

—Luego, ¿lo admites? —inquirió Elis, poniendo en sus ojos una expresión belicosa.

—Todavía no soy todo tuyo.

—¿Y yo sí tengo que ser plenamente tuya?

—Recuerda que me pusiste el veto después de nuestro primer encuentro.

—Es que si no llego a ponértelo, tú no me habrías dejado levantar de la cama.

—¿Te hubiera molestado?

—No, pero había que ponerte el veto.

—¿Por qué? —inquirió mientras salían a la East Road.

—Hubiera sido demasiado fácil para ti.

—Y era mejor ponérmelo difícil, ¿eh?

—Sí.

—¿Pretendes atraparme con ello?

Ella tardó un poco en responder; encendió un cigarrillo y lo pasó a los labios del hombre sin que se lo pidiera. Luego, dijo:

—Tendría que decirte que no, pero como soy sincera, te digo que sí.

—Luego, ¿reconoces que quieres atraparme?

—No creo que sea nada vergonzoso. Después de todo, tú me atrapaste en la cama. ¿Acaso lo has olvidado?

—No, no lo he olvidado, entre otras cosas, porque no me dejaste repetir.

—¿Tan buen sabor de boca te quedó?

—Sí, no puedo negarlo. Por cierto, conozco un hotelito...

CAPÍTULO XIII

—Sois unas ratas —recriminó el comisario Palé a los ladrones de bolsos por el procedimiento del tirón.

—No estaremos mucho tiempo en la cárcel —replicó uno de ellos con arrogancia, pese a estar esposado.

—Es posible, el fiscal va a tener en cuenta la cantidad de dinero robado, pero además se van a publicar vuestros nombres en la prensa para que los tiburones sepan quiénes fueron los que les hicieron la faena.

—¿Los tiburones?

Los tres delincuentes comunes se miraron entre sí e intuyeron que se hallaban en peligro.

Hampones internacionales de más categoría que ellos debían estar furiosos por su intrusión en un asunto de altos vuelos.

Regresaba a su despacho cuando su ayudante le salió al paso, reclamando su atención.

—¡Comisario!

—¿Sí?

—Creo que hay alguien importante en la escucha de *monsieur* Kolkiev.

—¿Algo nuevo?

Le mostraron el teléfono. Al otro lado, la voz de un colega le explicó:

—Los secuestradores se han comunicado con Kolkiev.

—¿Habéis podido localizar la llamada?

—No exactamente, no ha dado tiempo, era desde Versalles.

—Bien, ¿qué hay de nuevo?

—Le han reprochado que avisara a la Policía.

—¿Qué ha respondido Kolkiev?

—Se ha defendido y le han gritado que pronto recibiría noticias de su esposa.

—¿Algo más?

—No, han colgado.

El comisario Palé quedó unos instantes pensativo; luego, dio un puñetazo sobre la mesa.

—Hay que estrechar el cerco en torno a la casa de Kolkiev.

—¿Espera encontrar algo, comisario?

—Tengo una corazonada. El cobro del cheque falló, la azafata inglesa reveló que *madame* Kolkiev rompió el talonario de cheques para no firmar más, y como represalia le dieron una cuchillada en la cara. Por otra parte, Kolkiev no les puede dar nada porque las cuentas corrientes gordas son de su mujer y él no puede hacer nada, pues vivía a expensas de ella.

—Parece ser —opinó el agente— que esos secuestradores cometen error tras error.

—Ahora estarán furiosos y querrán vengarse.

—¿Cree que le puede ocurrir algo a *madame* Kolkiev?

—No lo sé, pero es mejor que cualquier suceso, por pequeño que sea, que se detecte cerca de la residencia de los Kolkiev, me sea comunicado de inmediato.

El comisario Palé no tardó en tener notificación de un hecho que en apariencia carecía de importancia, un hecho del que tantos y tantos se producían a diario.

Llegó en su coche hasta un furgón de color verde-azulado. Al lado había otro coche policial.

—¿Es éste? —inquirió el comisario señalando el furgón «Citroën».

—Sí, está denunciado como robado.

—¿Cuánto tiempo hace que está aquí?

El agente respondió:

—No mucho. El motor está caliente aún.

El comisario Palé trató de abrir la portezuela de carga, que se resistió.

—Ábranlo —ordenó.

—La denuncia está en que lo robaron con llaves, pero ahora las llaves no aparecen —explicó el agente que tenía aquel furgón casi como cosa suya.

—Está bien, salten la cerradura.

Forzaron la cerradura de la puerta de carga posterior, y al mirar hacia el interior, descubrieron una caja de cartón muy grande.

—Parece de una nevera —observó alguien.

El comisario se introdujo en el furgón. Separó la tapa del resto de la caja y al fin gruñó:

—Hemos encontrado a *madame* Kolkiev.

La tragedia estaba consumada.

Por debajo de la caja asomaba ya la sangre; la mujer secuestrada había sido asesinada canalllescamente.

* * *

El sepelio avanzaba con lentitud hacia la sepultura.

Kolkiev tenía muchas amistades, también la familia Garrós. Allí estaban también los periodistas fotográficos.

Unos gendarmes trataban de impedir que transformasen el entierro de *madame* Kolkiev en una bufonada para la prensa amarilla.

El hijo de *madame* Kolkiev había sido llamado para el funeral de su madre.

Vestía de negro, era un muchachito de once años, visiblemente afectado, que no entendía por qué unos desalmados habían asesinado vilmente a su madre.

Kolkiev, su padrastro, le ponía la mano en el hombro, ofreciéndole su protección, haciéndole entender que estaría protegido.

—Me siento culpable —cuchicheó Elis a Marc, ambos tratando de pasar desapercibidos entre los concurrentes al entierro.

—No debes sentirte culpable, son asesinos.

—Si yo no hubiese dicho nada, no hubieran asesinado a *madame* Kolkiev.

—Os habrían matado a las dos.

—¿Por qué?

—¿No recuerdas que no se encapucharon?

—Es cierto.

—Tú puedes reconocerles.

Instintivamente, Elis miró en derredor, como buscando caras

conocidas. Luego dijo:

—Y ellos a mí.

—Sí, es un peligro que corres.

—No me importa. Si yo los descubro antes —bajando más la voz, preguntó—: ¿La Policía estará por aquí, verdad?

—Aparte de los gendarmes de uniforme, estoy seguro de que hay agentes vigilando siempre, es posible que los asesinos anden cerca de Kolkiev, aunque ahora les será más difícil arrancar el dinero a la familia Kolkiev.

—¿Por qué?

—El heredero es el niño, ya se sabía.

—Pero ¿el tutor?

—El tutor es el propio René Kolkiev; sin embargo, por lo que sé, no puede sacar más dinero que el necesario para la manutención. No puede negociar con la fortuna de la madre muerta. Ese dinero está colocado en un Banco a un interés fijo para que lo utilice el niño al alcanzar la mayoría de edad.

—Entonces, Kolkiev no gana nada con la herencia.

—Más bien se podría decir que pierde. Antes, tenía más libertad para extender un cheque y ponerse a jugar a la ruleta en Montecarlo, su mujer podía aflojar dinero, pero ahora el testamento es rígido y no puede malgastar la fortuna de su hijastro. Aunque se le presentara un negocio de muchos millones, no podría llevarlo a cabo porque no tiene capital para invertir, sólo dinero para manutención. Eso sí, sin problemas.

—Pobre hombre.

—Es lo que dicen todos —observó Marc.

—Ahora, tendrá que ocuparse más del hijastro.

—Seguro que lo hará. René Kolkiev tiene una renta y una cuenta corriente no demasiado llena.

—La prensa ha publicado ampliamente el drama de esta familia. Secuestrada, extorsionada, y luego asesinada. Todos compadecen a Kolkiev.

—Sí, pero la prensa no sabe todo lo que hay en este asunto —le objetó Marc.

—¿Y tú lo sabes?

—¿Yo? Bueno, estoy averiguando cosas.

—¿Por qué no confías más en mí?

—Debería hacerlo, ya que has corrido tanto peligro.

—¿Y me lo vas a contar?

—Mejor será que esperes un poco más.

—¿A qué?

—A que todo esto termine de verdad.

—¿Acaso no está terminado?

—¿Te refieres a la muerte de *madame* Kolkiev?

—Sí.

—Falta capturar a los asesinos.

—Es posible que no sean capturados jamás.

—Tú eres una baza muy importante en el asunto, Elis.

—¿Porque puedo reconocerlos?

—Si.

—Eso puede costarme la vida —dijo con un suspiro.

—Desde luego. Y estoy seguro de que los policías te vigilan.

—Si me vigilan a mí, se estarán preguntando quién eres tú.

—No son tontos. Sabrán hasta la papilla que tomé después de que me destetaron. Aquí la Policía trabaja bien, aunque tenga sus limitaciones de tipo internacional.

—Yo creo que los asesinos no aparecerán por aquí por temor a ser reconocidos. Además, sabrán sobradamente que está lleno de agentes y periodistas. Quizá ya estén en otro país.

—Yo creo que no y tú me serás útil.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿Y para qué?

—Para encontrarlos.

—¿Quieres que me maten?

—Nada más lejos de mi pensamiento. ¿Sabes una cosa, Elis?

—Si no me la dices...

—Cuando acabe este trabajo nos liamos.

—¿Es que no estamos liados ya?

—Sí, sí, estamos liados, pero...

—Tú siempre pides más.

—Y no me levantas el veto.

—Lo levantaré cuando crea oportuno.

—¿Cuando te diga «deja la British Air Line y vente conmigo»?

—Eso no lo haré.

—¿No?

—No. Podemos estar casados, aparejados o como quieras llamarlo, pero yo deseo mi propio trabajo.

—Entonces estaremos separados mucho tiempo.

—Eso probará nuestro amor.

—Está bien, no discutamos; si no, ya veo que acabaré cambiando los pañales del *baby*.

El reverendo había terminado ya el responso y el ataúd era descendido con cuerdas al fondo de la sepultura.

El hijo de *madame* Kolkiev se puso a llorar desesperadamente en aquel momento.

Su padrastro lo abrazó contra sí y el chico no lo rechazó.

Todos se conmovieron y cuando comenzaron a echar las primeras paladas de tierra. Kolkiev tomó a su hijastro entre sus brazos y lo sacó de allí ante la admiración de todos que le abrieron paso y se ofrecieron a ayudarlo.

—Qué crimen tan estúpido —comentó alguien cerca de Marc y Elis.

—Un asesinato siempre es reprochable, lo que ya es más dudoso es que sea absurdo —dijo Marc, y todos se volvieron para mirarle, inquisitivos.

Elis le dijo:

—Será mejor que nos marchemos.

Marc aceptó con una inclinación de cabeza.

Cuando ya llegaban al área de estacionamiento, tres hombres se les acercaron. Uno de ellos saludó a la azafata inglesa.

—Buenas tardes, *mademoiselle*.

—Comisario Palé...

—Una pena la muerte de *madame* Kolkiev.

—Me siento un poco culpable —se lamentó la joven.

—No, usted no. Ella rompió el talonario de cheques, usted nos lo contó. ¿Y qué iban a hacer ya con ella si el marido no podía pagar lo que le exigían? ¿Soltarla, seguir amenazándola sabiendo que la policía estaba avisada? —suspiró y luego miró a Marc—. *Monsieur* Kolkiev nos contó que recibió un libro con sorpresa, ya saben, un libro con un explosivo, poca cantidad. Parece que sólo era una advertencia, que a la próxima iría en serio.

—¿Lo han comprobado? —preguntó Marc.

—Sí, hubo testigos en el hotel donde se hospedaba. Por cierto, yo quería hablar con usted.

—¿De veras quiere hablar conmigo, comisario?

—Sí, largo y tendido. Es usted un tipo oscuro, muy oscuro.

—¿Para la policía?

—Exacto.

—No irá a pensar que soy el secuestrador y asesino, ¿verdad?

—No, claro que no, hasta que se pueda demostrar lo contrario naturalmente.

CAPÍTULO XIV

Elis estaba preparando la hoja de vuelo cuando se le acercó una compañera que aún llevaba en los labios la sonrisa de recepción.

—¿Cómo va todo?

—Bien —le respondió la otra azafata.

—¿Pasajeros normales, como siempre?

—Sí, unos cuantos gordos, unos cuantos flacos, algunos atractivos, algunas mujeres protestonas y dos o tres que ya están rezando por si se caen. Da la impresión de que deben de tener una conciencia muy sucia, si tanto miedo tienen.

—Sí, eso me parece a mí. Quédate un momento aquí, voy a ver si se retrasa alguien.

Elis abandonó la pequeña cabina y avanzó entre los pasajeros sonriéndoles como estaba estipulado que debía hacer.

De pronto, se quedó mirando un rostro alargado, de dientes prominentes, un rostro que reconoció en el acto.

La sonrisa se esfumó de sus labios y tuvo que desviar la cara inmediatamente para que sus sentimientos no fueran captados y también para que no fuera reconocida a su vez.

Las piernas le temblaron; aquél era uno de los secuestradores y ahora, obviamente, pretendía abandonar Francia.

Se daba cuenta de que retroceder en aquel instante era llamar la atención, por lo que prosiguió su camino hasta la cola del aparato donde tenía un intercomunicador.

Ardía en deseos de correr para pedir auxilio, pero se esforzó en andar despacio y cada paso se le antojó una eternidad.

Al fin, consiguió ocultarse tras la cortina que disimulaba a la vista de los pasajeros una especie de armario con objetos diversos. Descolgó el intercomunicador y llamó, ansiosa.

—Capitán, capitán o quien me oiga, rápido...

Mas nadie parecía dispuesto a recibir su llamada.

—Elis, ¿es usted? —respondió al fin la voz del segundo de a bordo.

—Sí, tenemos a bordo a un... ¡Ah...!

Un brazo acababa de rodear su cuello, impidiéndole hablar, comenzando un estrangulamiento.

—¡Elis!

El secuestrador estaba tras ella, oprimiéndole la garganta, con evidentes intenciones de estrangularla.

La joven comenzó a sentir asfixia. Sus pulmones pedían desesperadamente un aire que no llegaba, todo se ponía turbio ante sus ojos y temía que de turbio pasara a rojo, y luego, la oscuridad.

Habían sido preparadas con algo de judo y karate para prevención de secuestros y ya como ventaja tenían que los pasajeros pasaban por unos severos controles. No podían llevar ninguna pistola ni cuchillo de considerables dimensiones.

Aquellas medidas de severo control de detección de armas habían dado sus frutos evitando muchos posibles secuestros, sin embargo, Elis sentía ahora la asfixia en su garganta.

Aquel asesino quería eliminarla, se veía obligado a ello, ya que acababa de darse cuenta de que había sido reconocido. Tenía que eliminar a la testigo y luego huir corriendo porque no podía dejar un cadáver allí sin que éste fuera descubierto casi inmediatamente.

En una reacción sobrehumana, la muchacha levantó con fuerza el talón izquierdo, alcanzando a su atacante en los genitales.

El golpe fue seco, durísimo, tal como había aprendido que debía ser, y el asesino acusó el golpe aflojando la presión, lo que dio unos centímetros de aire revitalizador a los pulmones de la mujer, que trató de gritar sin conseguirlo.

Alertado, el segundo de a bordo llegaba en aquel instante y vio el bulto que ofrecía la cortina. Al apartarla, descubrió lo que ocurría y propinó un puñetazo al asesino que aún no se había repuesto del talonazo dado por Elis, que ya estaba como desmadejada, al borde de la muerte.

El puñetazo del aviador dio en el rostro del secuestrador que se tambaleó: sin embargo, pudo lanzar una patada contra la cadera del aviador, tumbándolo hacia atrás.

Al caer, éste se golpeó en la cabeza contra un canto metálico de la pared, lo que aprovechó el asesino para huir viendo que la situación se ponía muy fea para él.

El secuestrador corrió por la pista tras saltar la escalerilla del reactor. Elis tambaleante, apareció en la puerta gritando:

—¡A él, es el asesino!

Nadie podía oírla, pero sí fueron vistos sus gestos a distancia.

También Marc la vio: había acudido a despedirla al aeropuerto y comprendió lo que ocurría. Por ello, no le importó saltar desde una baranda a la pista y corrió en pos del secuestrador que huía en dirección contraria, deseoso de ganar la calle.

Sin embargo, al comprobar que Marc corría hacia él, se detuvo, miró a los lados y dio media vuelta, corriendo ahora al encuentro de un *jeep* que rodaba por la pista.

Saltó sobre el vehículo y con un puñetazo derribó a su conductor. Lo arrojó fuera del vehículo, instalándose frente al volante.

Desde la gran terraza de despedidas, todos vieron lo que ocurría y los agentes de seguridad entraron en acción. Un vehículo saltó a la pista, haciendo ulular sus sirenas.

Marc intentó detener el *jeep*, pero éste arremetió contra él. Marc tuvo que saltar de costado mientras el coche policial iniciaba la persecución.

El secuestrador, viendo que las cosas se le ponían aún peor, hundió el pedal del acelerador, alejándose por la pista, cuando un avión venía en contra.

Lo sorteó mientras mucha gente se tapaba los ojos, pues parecía que iba a arremeter contra una de las ruedas.

Pasó por debajo del ala y cuando el *jeep* apareció por el otro lado, ya rodaba sin rumbo. Los alerones de frenado del avión estaban bajados y el secuestrador se golpeó la cara contra ellos, deshaciéndosela.

El vehículo policial sorteó el ala del aparato mientras el *jeep* incontrolado se salía de la pista.

Terminó estrellándose contra la tela metálica que impedía el acceso a la pista a personas y animales. Arrancó parte de la misma hasta quedar detenido.

Marc se subió a otro coche de pista descubierto que seguía al

coche policial y al fin llegaron junto al *jeep*.

—Está muerto, tiene la cabeza destrozada —observó un policía.

—Sí, se la ha destrozado contra los alerones de freno —dijo otro.

Cuando Marc llegó junto a ellos, era tarde para preguntar nada. Un agente le interrogó.

—¿Quién es usted?

—Investigador privado.

—Eso no le da derecho a estar en la pista —le replicaron.

—He visto a la azafata en peligro y...

—Eh, jefe —exclamó uno de los agentes—. Mire qué lleva en el forro de la chaqueta, se le notan unos bultos...

Palparon la chaqueta del secuestrador muerto y dijeron:

—Parecen fajos.

—Billetes —opinó Marc—. Seguramente pretendía sacar dinero al extranjero.

—Diablos, tenemos un asunto interesante —opinó el jefe de la patrulla de gendarmes.

Marc regresó al aparato donde Elis todavía estaba recuperándose. Marc la abrazó y como conociendo la respuesta de antemano, inquirió:

—Era uno de ellos, ¿verdad?

—Sí, era uno de los asesinos.

—Trataba de huir forrado de billetes.

—Por poco me estrangula para que no lo delatara.

—Tranquilízate; por hoy, la pesadilla ha terminado.

—Ha sido horrible.

—Elis, será mejor que te metas en el avión y partas.

—¿Y la policía?

—Dentro de este aparato no tiene jurisdicción. Digamos que el muerto ha sido un secuestrador frustrado que intentaba huir de Francia con una buena cantidad de dinero.

—Marc, ¿sabes lo que haces? —le preguntó ella, mirándole a los ojos.

—Perfectamente.

Acercó, sus labios a los femeninos y los besó. Después, se apartó de la escalerilla.

—El secuestrador frustrado había muerto y el avión debía partir.

CAPÍTULO XV

—No tengas miedo, hijo —recomendó Kolkiev a su hijastro que a la muerte de la madre había quedado bajo su custodia—. Tu futuro está asegurado.

Mentalmente se dijo que el muchacho, al cumplir la mayoría de edad, sería millonario por la herencia materna.

El niño estaba sombrío, aún no había asimilado la desaparición de su madre. El retorno a las aulas elitistas del colegio suizo quizás le hiciera olvidar los trágicos sucesos.

René Kolkiev abandonó el colegio y en su lujoso automóvil, partió en dirección a Zúrich.

El cielo aparecía ante él con un intenso color azul, el aire era puro.

Tenía un futuro ante él y se consideraba el hombre más astuto e inteligente del planeta.

Estacionó el automóvil en el *parking* del Limmat Hotel y se acercó a conserjería para decir:

—Prepáremelo todo para las siete, me marchó a Montecarlo.

—Como *monsieur* disponga —le respondieron amables ante un buen cliente a quien no faltaban los recursos económicos.

Subió a la *suite*, abrió la puerta y ya dentro, se quitó la chaqueta y se aflojó la corbata. De pronto, observó que en una butaca había alguien, alguien a quien no esperaba encontrar.

—¿Eh?

—Hola. Kolkiev. ¿Ha quedado más tranquilo el niño?

—¿Cómo has entrado aquí. Marc?

—Los tipos como yo nos jugamos muchas veces la licencia haciendo chiquilladas como son entrar donde no debemos.

—Una licencia que en Zúrich no sirve —le puntualizó Kolkiev.

—Exacto, pero como estoy especializado en asuntos internacionales, debo jugarle el físico más que otros colegas; claro que también cobro más caro, aunque muchos billetes se me escapan en pequeños sobornos. Hay que cerrar bocas y ojos...

—¿Admite que hace sobornos?

—¿Admite usted que es el asesino?

Kolkiev se lo quedó mirando primero muy fijo; luego parpadeó.

—¿Ha dicho asesino?

—Está muy claro. Kolkiev, usted ha matado a su esposa.

—¿Está loco?

—Me encargó que averiguara quiénes eran los secuestradores.

—¿Y lo ha averiguado? —preguntó ahora despectivo y burlón, sentándose en una butaca mientras preparaba uno de sus cigarros para fumárselo parsimoniosamente, sin hacer muecas.

—Sí.

—¿Y quiénes son?

—Ya se lo he dicho.

—No habré entendido bien —replicó tras prender el cigarro.

—Usted es el cerebro y otros le han ayudado, digamos que han hecho el trabajo sucio.

—Tiene demasiada imaginación, Marc.

—Usted es uno de esos personajes aparentemente tontos.

—Gracias.

—Pero que luego resulta que es más listo que los demás.

—Gracias de nuevo.

—Kolkiev, los secuestradores han sido pagados por usted.

—Eso no se lo creería nadie, yo no gano nada con la muerte de mi mujer.

—Y en apariencia, los secuestradores tampoco.

—¿Ah, no?

—No, porque no cobraron ningún rescate.

—Eso es cierto. La herencia de mi fallecida esposa está intacta y destinada a mi hijastro, que cuando cumpla la mayoría de edad se convertirá en multimillonario.

—Sí, algo más de siete millones de francos.

—Una cantidad muy respetable.

—Nadie lo duda, pero usted quería más.

Detrás del cigarrillo. Kolkiev se rió sarcástico antes de decir:

—Parece que soy muy ambicioso, ¿eh?

—Ya lo creo que lo es, pero los ambiciosos como usted también cometen errores.

—¿Y cuál cometí yo, según usted?

—Pagar a sus sicarios en Francia.

—¿Eso hice, de veras? —preguntó, siempre burlón.

—Sí; lo malo es que uno de ellos fue reconocido, trató de huir y se mató. Entre sus ropas, la policía encontró casi un millón de francos.

—Hum —hizo un gesto aprobativo—. Eso es mucho dinero.

—Una cantidad demasiado jugosa teniendo en cuenta que el secuestro había fracasado.

—Podía ser dinero procedente de algún otro secuestro.

—Es una posibilidad que debe de estar barajando la policía francesa.

—¿Y qué tiene que ver conmigo la captura y muerte de un asesino?

—Hay otros sicarios aún que pueden delatarle, señor Kolkiev.

—Tonterías.

—Vaya, ¿ya no tiene miedo al grupo de hombres que trataban de asesinarle?

—No, creo que todo eso fue un bluff.

—¿Un bluff de mi parte?

—Sí, usted quería sacarme dinero, es un zorro y consiguió atemorizarme un poco, lo admito, pero ya no me hace falta para nada, Marc, puede marcharse adonde le plazca.

—Me iré cuando este asunto se resuelva.

—Este asunto ya está resuelto —puntualizó Kolkiev.

—No, hasta que usted pague.

—Es usted un poco pesado.

—Le voy a decir que estoy contratado por un grupo de personas, entre ellos varios árabes, que quieren esclarecer el secuestro y muerte del jeque Haenik.

—Ah, sí, el que murió en casa de mi cuñado.

—Al que usted mató.

—¿Yo?

—Sí, usted, que fue paracaidista. Usted, aunque no lo parezca, por la edad que tiene, ha practicado el vuelo en ala delta.

—¿Me ha investigado?

—A fondo, y sé que el explosivo fue introducido por la chimenea.

—¿De qué me está hablando?

—De la acción terrorista en la residencia de su cuñado donde murieron varias personas, entre ellas el jeque Haenik.

—Absurdo.

—¿No le dice nada la frase «tengo los huevos en la nevera»?

René Kolkiev palideció.

—No le entiendo.

—Seré más claro... Entre los restos de la casa de su cuñado había un emisor-receptor de diez watios, nuevo y de buena marca. Me pregunté para qué serviría y me puse en contacto con varios radioaficionados de la zona, preguntándoles si aquella noche habían oído algún mensaje especial. Tres me confirmaron haber oído claramente el mensaje de «tengo los huevos en la nevera».

—Será una broma de algún radioaficionado.

—No lo creo. Más bien pienso que uno de sus sicarios abrió el emisor en otra parte, puso en marcha el magnetófono en el que usted había grabado ese mensaje, y las palabras salieron al aire a una hora determinada, poco antes de que alguien deslizara por la chimenea una buena cantidad de explosivos que hicieron volar parte de la casa. El vigilante del jardín confesó haber oído ruidos en el tejado y le pareció ver volar una gran sombra, como un enorme pájaro.

—Fantasías. ¿Qué iba a ganar yo con ello?

—El rescate que la familia del jeque pagó por su liberación. Usted eliminó a los restantes miembros de la banda para quedarse con la cuenta del banco suizo en el que se había ingresado el rescate. Muerto su cuñado y los demás, usted se quedaba con todo, pero había que cubrirse las espaldas pensando en las posibles represalias. Para eso, montó el numerito del libro con explosivo que se hizo enviar a un lugar público e hizo secuestrar a su esposa, porque si había una cuenta en Suiza en manos de su cuñado, lógicamente tenía que heredarla ella y no usted. Le interesaba aparecer ante la policía y la prensa como víctima, lo planeó todo muy bien.

—Pero ¿por qué matar a mi mujer?

—Así, ella jamás podría decir que no tenía cuenta en Suiza. Bueno, tenía que pagar a sus sicarios un millón de francos. Secuestró a Elis, la azafata inglesa, para que ésta explicara cómo estaba *madame* Kolkiev sin despertar sospechas. Está claro que dieron muchas facilidades a la azafata para que pudiera escapar. Usted ya contaba con que le interceptarían las llamadas telefónicas y tenía previsto que fuera la policía quien descubriera el cadáver de su esposa que así, de una vez por todas, dejaba de molestarle. Usted se convertía en la víctima aparente cuando era el cerebro de la pandilla de asesinos.

—Parece tener usted explicación para todo... ¿Y las cuatro verdugos que, según usted, me buscaban?

—Están en Suiza, pagados por los árabes afectados. Yo, en este asunto, no he hecho más que avisarle. No formo parte de esa banda de verdugos internacionales. A mí me han pagado sólo para que investigue. Soy partidario de que se aplique la ley, pero si los árabes pagan a unos verdugos para que hagan justicia, me lavo las manos.

—¿Piensa que va a lograr asustarme?

—No lo creo, estoy seguro. Le confieso que el secuestro de su mujer me produjo confusión, pero poco a poco fui atando cabos. El asesino que murió en el aeropuerto fue reconocido, luego, la azafata inglesa, en otro de sus viajes a París, pudo identificar a los otros dos porque la policía, al establecer la personalidad del muerto, sacó las fichas de los que podían ser sus compinches, ya que esta clase de individuos suelen trabajar juntos en repetidas ocasiones. Una vez identificados, han sido detenidos y han confesado.

—¡Eso no es cierto!

—Sí lo es. Están esperando que usted entre en Francia para detenerlo. Sus secuaces han sido aprehendidos con buen dinero encima y han acabado confesando quién es su jefe.

—Si es así, ¿por qué no ha venido la Interpol?

—Están ustedes en Suiza, y aquí las cosas no son fáciles.

De pronto, Kolkiev se echó a reír.

—Ha hecho usted muy bien en avisarme. Marc. Pensaba dirigirme a Montecarlo, pero creo que tomaré un avión para el Brasil. Es más seguro y hasta le diré algo que usted ignora.

—¿Ah, sí, y qué es?

—Que el jeque se la «pegaba» a su familia. El secuestro era falso,

él también estaba en el asunto.

—¿Y para qué quería dinero él?

—No, si no quería ni un petrodólar, él buscaba publicidad a nivel mundial para hacerse popular en su país y terminar dando un golpe de estado contra su hermano para quitarle el trono. Todo era una farsa.

—Pero los árabes pagaron diez millones de dólares que usted se quedó en la cuenta secreta.

—Eso es cierto y nadie podrá quitármelos, son míos.

—La verdad, a los árabes diez millones de dólares no les quitan el sueño, pero sí soportan muy mal que alguien les tome el pelo como lo ha hecho usted.

—Pues ya lo ve, soy muy listo y no voy a ir a la cárcel, porque sólo caen los tontos.

—Es verdad, pero detrás de aquella cortina hay un emisor-receptor de gran potencia y los árabes a quienes usted ha tomado el pelo han estado escuchando todo lo que hemos hablado aquí. Usted, al final, en tono de soberbia, ha confesado.

Kolkiev se puso más pálido que la cera. Mordió el cigarro, lo apartó de entre sus dientes y al fin dijo:

—Lo que salga por ese emisor no es válido como prueba contra mí en ningún tribunal.

—Eso es cierto. Bien, mi trabajo ha terminado. Yo no soy la ley ni la justicia, sólo un investigador privado, me han pagado y he cumplido mi trabajo. El asesino del jeque Haenik y también de Agnes Garrós no es otro que usted, Kolkiev. Buenos días, que los diez millones le sirvan para un buen ataúd.

Se levantó, dirigiéndose hacia la puerta.

Kolkiev se alzó como una pantera y de un salto apartó la cortina. Detrás descubrió el emisor que estaba abierto, transmitiendo al aire todo lo que habían hablado.

El sudor comenzó a empapar todo su cuerpo.

En el estacionamiento del hotel, un lujosísimo automóvil dentro del cual se hallaban Luc Donovan y los árabes aguardaba a Marc.

Éste recogió el maletín repleto de billetes que le entregaban por su trabajo.

—Si le necesitamos en alguna otra ocasión, ya le llamaremos —dijo Luc Donovan mientras los jeques asentían con la cabeza.

Escucharon un súbito alarido.

Se volvieron y desde lo más alto del hotel vieron caer un cuerpo humano que se estrelló contra el pavimento, quedando destrozado.

Marc no vio nada más. Luc Donovan, fluyendo las palabras entre sus dientes artificiales, le dijo:

—Será mejor que piense que René Kolkiev se ha suicidado.

Poniendo el lujosísimo vehículo en marcha, se alejaron del hotel.

Diez horas más tarde, Marc, a bordo de un aparato de la British Air Line, estrechaba la cintura de Elis, pidiéndole:

—¿Por qué no nos liamos?

—De acuerdo, pero ante un juez de paz. ¿Te parece?

—Lo que tú digas. Ah, ¿es cierto que lo que cae por el agujero del retrete de un avión se pierde en el aire?

—En los aviones de hélice, sí, en los reactores, no. ¿Por qué?

—Era para tirar esta sortija —le dijo, mostrándole el brillante rodeado de rubíes.

—¿No te gusta?

—No puedo decir que no, pero...

Estrechando de nuevo contra sí a la bella azafata inglesa, volvió a besarla mientras el aparato cruzaba las fronteras europeas.

FIN



RAFAEL BARBERÁN DOMÍNGUEZ (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudet o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos solo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olympic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, *Cinco mil dólares de recompensa*, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.